
ESPACIO
EL HOMBRE SIN TIEMPO
PETER KAPRA
-991-

PETER KAPRA

El hombre sin tiempo

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
Barcelona

Dr. Julián Álvarez, 151
Buenos Aires

Portada: C. PRUNÉS

Depósito Legal: B.-984 – 1971

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor • Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

Dedicatoria:
A Silvia y Ramón Estiarte Navarro,
hijos de un entrañable y buen amigo,
con toda la simpatía del

Autor.

Capítulo primero

»—Hay millares de periodistas en Nueva York, señorita Herzl —le había dicho el hombrecillo de la mirada perspicaz —. En realidad, cualquiera puede ser periodista. Lo difícil es encontrar la buena noticia. ¿Le han enseñado eso en la escuela? ¿Sabe usted cómo se logra una buena noticia? ¡Ah, pequeña! ¡Buscando!

»La información hay que ir a buscarla donde se encuentra. Primero, como hemos hecho todos, pagamos de nuestro bolsillo. Luego, cuando uno ya ha demostrado ser un buen informador, paga el periódico. Y cualquier medio informativo es bueno.

»Lo siento. Aquí necesitamos noticias, no reporteros. Cuando tenga una buena noticia, tráigamela. Entonces hablaremos de trabajo.

Miriam Herzl había escuchado ya muchas veces casi las mismas palabras en todas las redacciones de periódicos de la ciudad. Noticias. ¿Y dónde estaban?

Todos los sucesos ya tenían «dueño». En el «Pólice Heartquarter» sólo se facilitaban notas de prensa a los informadores acreditados. En los hospitales ocurría lo mismo. Y si atinaba a presenciar un hecho, eran muchos los que llegaban en pocos minutos.

No. Aquél no era el camino. El camino estaba en Central Station, donde el «Chicago Express» la devolvería a su pequeña localidad de Knox, a la escuela de párvulos y a la humilde redacción del «Knox Blatt», cuyas noticias llegaban de las distintas agencias internacionales del país.

Desalentada, con el bolso al hombro y la mirada perdida entre los cientos de semblantes inexpresivos de Morgan Avenue, Miriam caminó despacio, hacia el «Lover's».

Empezaba a decidirse.

Entró en el pequeño local y vio a Klein sentado en un taburete, ante Pete. Charlaban los dos.

— Hola, chico — saludó Miriam, al acercarse a ellos.

Arthur Klein se volvió y dijo:

— Por tu expresión, deduzco que no hubo suerte.

— ¿Qué le han dicho en el «Sunday», señorita?

— Lo de siempre — declaró la joven, echando el bolso sobre el mostrador —. Nada. Tienen la plantilla completa. «¿Y si me dan una escoba y una pala y recojo los papeles?» «Ya tenemos personal de limpieza». ¿Qué puedo hacer, sino rendirme?

— ¡Eso es lo último, Miriam! —pronunció Arthur Klein, frotándose el liso cabello—. Iremos a ver a Burton. La «International Press» ha de tener algún puesto, aunque sea...

— Ya estuve ayer. Sólo necesitan hombres en edad militar. Pero llené varios impresos. Me avisarán... No, Arthur; será mejor regresar a Knox.

Nueva York es demasiado grande para mí.

Tanto el camarero como el delgado sujeto, llamado Klein, pusieron cara de circunstancias.

— No debes desesperar, Miriam. Anda, Pete; sírvele algo a Miriam. Hay que animarla.

— No, gracias, Arthur. Me sentaré allí y escribiré una carta a casa. Estoy sin dinero. Aguardaré unos días hasta recibir ayuda de mi madre y volveré a Knox.

Con gesto de infinito desaliento, la joven se apartó del mostrador y fue a sentarse en una de las mesitas vacías. Klein no la abandonó. Tomó su vaso de «whisky» con hielo y fue a sentarse frente a ella.

— Escucha. Vas a venir conmigo. Crawny no es mal sujeto. Hablaré con él. Podemos formar un equipo informativo. Recoger datos para reportajes. Eso también es periodismo.

— No me interesa, Arthur. Crawny no nos dejará nunca poner nuestro nombre.

—¿Y eso qué importa? Lo primero es comer y pagar el hotel. Ya saldrá la oportunidad. Uno se mueve, se deja ver, le conocen. Y el día menos pensado surge la oportunidad.

¡La oportunidad de Miriam Herzl estaba en aquel instante en la calle, mirando hacia arriba, aturdida por el estruendo de la gran ciudad neoyorquina!

Llevaba un traje gris, una corbata azul a listas, zapatos marrón y un pequeño maletín en la mano derecha.

Era un individuo que aparentaba irnos treinta años, de regular estatura, rostro ligeramente cetrino, ojos oscuros y vagamente extraños, y aspecto de recién llegado de provincias.

Pese a la campaña del silencio, los «claxons» y motores ensordecían el ambiente. El hombre estaba mareado y hasta vaciló, como si fuese a caer. La gente pasaba por su lado, indiferente, aunque un agente de la autoridad, desde varias puertas más allá, se lo quedó mirando.

El hombre vio entonces el bar y se dirigió hacia él.

Entró.

Desde el primer escalón vio a Miriam, que estaba de cara a la calle. Klein se encontraba de espaldas. Luego miró a Pete.

— Pase, pase. ¿Desea tomar algo?

El hombre aún pareció titubear. Y hasta dio la impresión de que iba a volverse y salir. Sin embargo, se acercó al mostrador y miró a Pete, luego a las botellas del anaquel y, por último, a la bandeja de los bocadillos.

— Eso —dijo, con acento marcadamente extranjero.

—¿Un emparedado, amigo? Se ve que no es usted de aquí. ¿Se lo caliento?

El hombre no contestó. Ahora se había vuelto y estaba mirando a Miriam fijamente. Ella también le miraba a él con tanta insistencia que Arthur Klein se volvió.

—¿Qué ocurre?

—¡Oh, nada! Me había distraído... Estoy hecha un lío, Arthur.

— Lo mejor que podemos hacer es ir a divertimos a cualquier parte. ¿Quieres que vayamos esta tarde a bailar? Un poco de distracción te vendría bien. Tengo algunos dólares.

— Gracias, Arthur. Será mejor que me vaya al hotel. Estoy cansada.

Miriam levantó la vista de nuevo y se encontró con el hombre del maletín que continuaba mirándola fijamente. Esto la turbó. Estaba enojada y no pudo por menos que exclamar:

—¡Quiere usted dejar de mirarme! ¡Me pone nerviosa!

— Perdón — musitó el individuo.

Arthur Klein se volvió también y dijo:

— Será mejor que se meta en sus cosas, amigo.

Pete medió, poniendo el plato con el bocadillo sobre el mostrador:

— Tenga, señor. ¿Quiere beber algo?

— Leche con hielo.

Pete no se extrañó. Estaba acostumbrado a encargos más raros. Le bastó echar un poco de hielo en un vaso y llenar el resto de leche.

El hombre, en vez de tomar el emparedado, dejó el maletín en el suelo y se acercó a la pareja.

— Disculpen ustedes —habló lentamente—. No he querido molestarles. Me llamo Khan y soy de Shigatse.

Medio en burla, Arthur Klein preguntó:

—¿Dónde está eso?

— En el Tibet.

Miriam miraba con el máximo interés al extraño individuo.

— Eso queda un poco lejos de Nueva York.

— Sí, en efecto. Perdonen mi pronunciación. Mi inglés es algo defectuoso.

— Bueno, déjenos en paz. No le importa, ¿verdad?

— Perdón, señor Klein. No me interesaba hablar con usted, sino con la señorita Herzl.

El hecho de que el singular personaje supiera sus nombres, les sorprendió a ambos.

— Oiga, ¿cómo sabe usted...?

El individuo que decía llamarse Khan sonrió, mostrando una perfecta fila de dientes blancos, y repuso:

— También sé que no tiene usted trabajo, señorita, y se propone renunciar a seguir buscándolo.

— Pero... Yo no le conozco de nada.

— No importa. Si me he permitido intervenir en su conversación es para ayudarle.

— No necesito ayuda de nadie, y menos de desconocidos extranjeros.

Una triste sonrisa se dibujó en los labios del hombre.

— Lo siento. Le ruego mil perdones.

Al decir esto, dio media vuelta, para regresar al mostrador, pero Klein, poniéndose en pie, le sujetó del brazo.

— Aguarde, entrometido. ¿Quién le ha dicho mi nombre? ¿Qué busca usted?

— Nada. Le agradeceré que me suelte.

— ¡No, y empiece a encontrar una explicación plausible! ¡Tengo poca paciencia!

Con movimientos tranquilos, Khan tocó la mano de Klein y éste dio un salto atrás, como si hubiese recibido una fuerte sacudida eléctrica.

— Le he dicho que no quería hablar con usted, joven —repitió el hombre del Tibet—. Y no vuelva a tocarme, se lo ruego.

Arthur Klein estaba ahora blanco como la cera, mirando al hombre.

— ¿Qué me ha hecho? —preguntó—. ¿Con qué me ha pinchado?

— Con nada. No diga estupideces. Le he quitado la mano de mi brazo.

— ¡Maldito estúpido! ¡Le voy a partir...!

— ¡No, Arthur; ya basta! —intervino Miriam, poniéndose en pie y sujetando a su compañero—. Déjale. Vámonos de aquí.

Klein pareció dudar y luego dijo:

— Sí, vámonos. No quiero machacar la cara a este necio. ¡Será posible que haya tipos así sueltos por la calle!

— No vaya usted con él, señorita Herzl. La compañía de este hombre no le traerá nada bueno. Le conozco bien. Abusará de su bondad. Espera aprovecharse de su situación.

Aturdida y confusa, Miriam exclamó:

—¿Qué está usted diciendo? ¡Jamás le he visto; no sé quién es ni lo que se propone! ¡Y Arthur es un amigo que...!

De repente, el individuo hizo un gesto con la mano izquierda y pronunció unas palabras extrañas. Al oírlas, Arthur Klein se estremeció, se pasó la mano por la frente, como asaltado por una súbita jaqueca, y terminó por encaminarse hacia la puerta y salir al exterior sin volver el rostro un solo instante.

—¡Arthur! —llamó Miriam, sorprendida.

— No se moleste en llamarle, señorita Miriam. No puede oírle. Le he ordenado que se marche y no puede desobedecerme.

— ¡Oh, no...! ¡No puedo creerlo!

— Sé que esto puede parecerle extraño, señorita Herzl —dijo el sorprendente individuo, para volverse hacia el mostrador, donde Pete estaba alzando el teléfono, y añadir—: No se moleste a llamar a la policía, muchacho. No estoy loco, no soy peligroso y, además, la policía no vendría, ni aunque la llame.

Pete sintió erizársele los cabellos bajo el gorrito blanco.

— Comprendo que todo esto le parecerá disparatado, señorita Herzl. Sé

que está usted sin trabajo, necesita empleo y yo puedo ofrecérselo. Le ruego que me escuche unos momentos.

Miriam tuvo la sensación vaga e imprecisa de que el extranjero la dominaba con algún extraño y misterioso poder mental. No pudo ni siquiera replicar. Todo cuanto le estaba sucediendo era algo insólito.

Se sentó de nuevo.

—¿Quiere usted tomar algo? ¿O prefiere que vayamos a otro lugar a conversar? No tema, el empleado no puede oírnos ya. Para él, ya no existimos.

Efectivamente, Pete se comportaba ahora de un modo curioso. Había conectado un pequeño transistor y parecía atento a la música que radiaba el aparato.

— Acabo de llegar a Nueva York. He bajado del avión, en el aeropuerto, y he tomado un taxi. Acabo de dejarlo hace un instante, cerca de aquí.

»No conozco la ciudad, ni la gente de aquí. Apenas si hablo la lengua de este país. Pero tengo que hacer unas importantes gestiones y necesito alguien que me ayude y oriente.

»Usted podría ser como una especie de secretaria o consejera. ¿Me comprende?

Miriam denegó con la cabeza.

— No es necesario que sé torture usted. Leo perfectamente sus pensamientos — siguió diciendo el hombre que decía llamarse Khan, con voz suave—. Poseo la facultad de leer la mente humana. Ni una sola idea de su mente se me escapa. Está usted confundida, sorprendida, maravillada y aturdida.

»Piensa si soy un loco o un charlatán embaucador. No, nada de eso. Ya tendrá ocasión de conocerme mejor, porque usted aceptará el empleo que le propongo.

»Va usted a venir conmigo, voluntariamente, por supuesto. Nos alojaremos en el «Sheraton Hotel»... ¡En habitaciones separadas, no tema! — Pareció aflorar una sonrisa a los labios del misterioso sujeto—. No piense usted mal de mí. Soy algo mayor que usted. Un millón y medio de años mayor. ¿No me cree? ¿Le parezco demasiado joven para ser un abuelo tan antiguo? Todo es apariencia, señorita Herzl. Y sabrá usted cosas de mí mucho más sorprendentes aún.

»¿Qué me contesta?

* * *

Miriam Herzl empezó a vivir la historia más increíble que podía soñarse. No supo la razón, pero Khan la indujo a decir que sí, y le acompañó.

Nada más salir del «Lover's», creyó estar soñando, al verse en un paraje enteramente desconocido, en medio de la selva, verde y lujuriante, donde se agitaba la vida animal en su primitivismo más ancestral.

Y Khan estaba a su lado, ahora ataviado con un ropaje bíblico, al parecer. Y él le hablaba, en un lenguaje extraño, pero cuyo sentido captó perfectamente:

— Cuando estuve aquí la última vez, treinta siglos antes de J.C., Manhattan era así.

—¿Dónde estamos?

— En los parajes donde dentro de cincuenta siglos estará Nueva York.

—¡No! ¡Eso es imposible!

Una bandada de pájaros raros remontó el vuelo, surgiendo de entre la densa flora, como asustados de la súbita aparición de los dos seres.

— No hay nada imposible, señorita Herzl. Yo puedo transportarla a usted al pasado y al futuro, con sólo desearlo. Esto no lo sabe nadie, excepto usted. ¿Quiere ver Nueva York en el siglo XXX, después de la Era Cristiana?

»¡Ya está usted allí!

La densa fronda vegetal se esfumó a los ojos de Miriam, que giró sobre sus talones, atónita ante las maravillas que estaba presenciando.

¡Y ahora se vio en un páramo desolado, cubierto de polvo y piedras de todos los tamaños, pero sin vestigio alguno de civilización, vida, atmósfera y sonido!

—¿Qué...? ¿Qué significa esto? ¿Dónde estoy? — Miriam hubo de tentarse el cuerpo, tocar sus ropas, las mismas que había llevado todo el día, para comprender que era ella misma.

Y, a pocos pasos, ahora vestido con algo muy parecido a un atuendo de astronauta, pero sin casco, se encontraba Khan, mirándola tristemente.

— El significado está claro. Nueva York desapareció de la faz de la Tierra. Esto es lo que queda de la antigua y populosa ciudad norteamericana del siglo XXX. ¡Cenizas, escoria, polvo!

—¿Qué magia emplea usted conmigo? ¿Qué significan esas ropas?

— Estamos en un planeta agonizante. Apenas si viven aquí unos cuantos millares de seres salvajes, ocultos en cavernas. Muchos murieron en la última de las guerras. Otros han emigrado a los altos espacios cósmicos. La Humanidad se ha trasladado, dejando aquí sólo restos de su antigua grandeza.

«Pero no se asuste. No puedo tenerla aquí mucho tiempo, expuesta a las radiaciones solares. Volvamos a su tiempo. Hemos de instalarnos en el «Sheraton Hotel», que será mi sede, durante algún tiempo. Allí hablaremos detenidamente de su trabajo.

»Usted es periodista. Ha sido maestra de escuela y ha llevado un pequeño periódico, en la ciudad de Knox. Ha sido una suerte que yo la encontrara a mi llegada a Nueva York.

»Me he permitido apartarla de la perniciosa influencia de Arthur Klein. Ese sujeto no le interesa. Conozco las intenciones que le guían hacia usted. No le ayudará en nada, excepto a causarle daño. Usted le gusta, pero se considera suficientemente moderno como para no enamorarse dignamente.

»Olvide a Klein. Es mezquino, insignificante y bajo. La poca ayuda que

pueda darle se la cobrará cara.

»En cambio, yo voy a proporcionarle la historia más codiciable de cuantas haya podido soñar un periodista de su tiempo. Va usted a obtener una información verídica de mi persona y se va a convencer, sin influencias mentales mías, de que existe un hombre en el mundo que lleva viviendo un millón y medio de años y que ha sido testigo de cuanto ha ocurrido en este planeta, casi desde que empezó a ser habitable.

«Puedo hacer que usted me crea. Es mi voluntad psíquica la que podría inducirle a creer cuanto va a saber de mí. Pero no lo haré. Usted será mi secretaria. Conocerá mi origen y destino, sabrá quién es Khan y luego... ¡Escribirá usted mi historia para que sea divulgada en todo el mundo, junto con mi mensaje!

»¿Me comprende?

Miriam no pudo responder. Empezó a ver cómo el árido y yermo paisaje se difuminaba, oscureciéndose en la distancia, hasta eclipsarse por completo.

Un instante después, se hallaba de nuevo en la Avenida Morgan, de Nueva York, saliendo del «Lover's», acompañada del hombre del maletín, que ahora vestía su sencillo traje gris.

Él estaba parado a menos de un metro de distancia, mirándola, sonriente:

— ¿Acepta usted el empleo?

— ¿Qué debo hacer?

— Lo que yo le diga ¡Y todo será honesto!

Capítulo II

En el «Sheraton Hotel» no conocían al señor Khan, pero esperaban su llegada, la cual causó cierta decepción, sin duda, en el mostrador de recepción. Era evidente que esperaban la llegada de algún «maharajá» oriental, o algo así, acompañado por una corte de seguidores y sirvientes.

El portero uniformado abrió la puerta del taxi como lo haría a cualquier visitante del hotel, no a un huésped importante.

Khan y Miriam penetraron en el lujoso vestíbulo, y un ayudante de recepción les preguntó:

— ¿En qué podemos servirles?

— Me llamo Khan. He reservado habitaciones en el segundo piso.

El ayudante de recepción, sorprendido, les indicó el mostrador de recepción, donde varios empleados de mayor categoría atendían la llegada de visitantes.

Allí, un joven sonriente contempló a Miriam. Luego, dirigió una mirada indiferente al tibetano.

— ¿Desean ver a alguien?

Confusa, Miriam miró a su acompañante.

— Mi nombre es Khan. Vengo de Londres.

— ¿Khan? —El recepcionista arqueó las cejas—. ¿Reservó usted alojamiento aquí?

— Sí —dijo Khan, colocando el maletín sobre el mostrador y abriéndolo —. Mi pasaporte está extendido por la Corona de Inglaterra. Ésta es mi cuenta de crédito, que está librada contra el *Chase Bank* de Manhattan.

—¡Oh, sí; perdone, señor Khan! —el joven se volvió a un superior—. Señor Griffith, por favor. Acaba de llegar el señor Khan.

El otro individuo se acercó, obsequioso, y su primera mirada fue a la cifra indicada en la carta de crédito del Banco de Inglaterra ante el Banco norteamericano.

De no haber sido un auténtico profesional, una exclamación de asombro se habría escapado de sus labios, porque la cantidad que allí vio era de dos mil millones de dólares.

— La señorita Miriam Herzl es mi secretaria particular — aclaró Khan—. Mi equipaje ha quedado en el aeropuerto. Espero recibirlo cuanto antes.

— Sí, señor Khan. Por favor, sólo un dato. ¿Cuánto tiempo va a permanecer usted en el hotel?

— No podría precisarlo. Depende... Un mes o un año. Quizás más. Les ruego que no me molesten. Nada de reporteros de prensa, por favor. No haré declaraciones de ninguna clase. Mi estancia aquí es absolutamente privada.

— Sí, señor Khan.

—¡Ah, quédense el pasaporte y mi libreta de crédito; la señorita Herzl se ocupará de esas cosas! ¡Dispongan inmediatamente de ciento cincuenta mil dólares, que le entregarán a ella, para gastos auxiliares!

— Sí, señor Khan.

De aquel modo entró la leyenda o la fábula en uno de los hoteles de más lujo de Nueva York. Nadie conocía al señor Khan, nadie sabía nada de él, ni de dónde venía, ni cuál era el motivo de su viaje, ni siquiera el origen de su fabulosa fortuna. Todo fueron cábalas y conjeturas, a las que ni siquiera Miriam podía contestar.

Pero mientras subían en el ascensor. Khan dio las primeras órdenes a su nueva secretaria:

— En cuanto le entreguen el dinero, señorita Herzl, comprará usted todo lo que necesite. Ropa, joyas, automóviles, equipo de grabación para magnetoscopio, máquinas de escribir, y contratará los servicios de chófer, agencia de seguridad personal para usted y para mí, estenógrafas... Bueno, todo lo que necesite.

—¿Para qué? — preguntó Miriam.

— Ya lo irá sabiendo. No se precipite. Comprendo que todo esto es un cambio para usted. Adáptese. Va a ver cosas interesantísimas, que no podrá comprender, ni espero que lo intente jamás. Acepte cuanto vea y oiga como si fuese lo más natural del mundo. Escriba o grabe todo lo que yo le diga y no tema. A su debido tiempo, conocerá la causa de todo esto.

»Y no se preocupe por el dinero. Si se acaba, obtendremos más... ¡Todos los millones que sean necesarios!

* * *

Efectivamente, mientras iniciaba sus primeros pasos, pidiendo línea telefónica primero con el modesto hotelito donde se había alojado desde su llegada a la ciudad, para rogar al propietario que le enviase sus cosas al «Sheraton», y luego llamando a Arthur Klein, al que no pudo localizar, un empleado del hotel llamó a su puerta y pidió permiso para entrar.

— El señor Khan se ha retirado a descansar — dijo Miriam.

— Acaba de llegar su equipaje. ¿Dónde lo colocamos?

— Aquí, por favor.

Dos mozos entraron, con cuatro maletas de regulares dimensiones. Miriam pudo apreciar en ellas etiquetas de numerosos hoteles del mundo entero. Y una, en particular, le llamó la atención. Leyó «Sing Ho Hotel - Pekín». También habían etiquetas de El Cairo, Roma, París, Berlín, Moscú, Varsovia, Belgrado, y de numerosos países de África, Asia y Oceanía.

Poco después llegaron dos hombres con un maletín lleno de, billetes de diez, veinte y cien dólares. Eran empleados del *Chase Manhattan Bank.*

— Venimos a entregar este dinero al señor Khan

— dijo uno.

— Se ha retirado a descansar. Me ha rogado que no le molesten.

— Entonces, fírmenos usted aquí.

Miriam firmó los papeles que le mostraron y los dos hombres se retiraron, no sin antes dejar una serie de documentos que el señor Khan debía firmar y enviarles cuanto antes.

— Haré que lo reciban todo mañana mismo, señores.

Luego, siguiendo las instrucciones de su nuevo jefe, y como la heroína de un cuento de hadas, Miriam utilizó el teléfono para dirigirse a las más prestigiosas casas de modas de la ciudad, a la joyería más importante, para que le enviasen un representante, a peluquerías, cosméticos, firmas de venta de automóviles, etcétera.

Fue aquélla la tarde más maravillosa de su existencia. Compró, contrató, adquirió, se extasió contemplando trajes de noche, abrigos de pieles, valiosas y refulgentes joyas. Pero no se excedió en absoluto, porque su condición no era la de una mujer mundana y frívola.

Se conformó con media docena de pelucas, brazaletes, collares, pendientes, broches, vestidos y trajes de temporada, para cóctel, de calle, mañana y tarde, «sport», noche, campo y playa.

Adquirió zapatos, lencería, perfumes y cosméticos. Compró y pagó tres automóviles, en los que invirtió treinta y dos mil dólares, y eligió a un chófer particular, llamado Pearson, que le fue recomendado por la empresa vendedora.

Jack Pearson era chófer turístico, casado y padre de familia. Cuando se presentó a Miriam, ésta le dijo:

— Me gusta usted, pero es el señor Khan quien debe aceptarle. En este momento está descansando y no debemos molestarle. Le ruego que aguarde usted por aquí hasta que él me líame. Sus referencias son excelentes y se le pagará a usted bien. Pero...

Miriam se detuvo. Había percibido como un leve aturdimiento. Y en su mente creyó oír la voz de Khan, que le decía: «Está bien, señorita Herzl. Jack Pearson es el hombre que necesitamos. Queda contratado. Se alojará en el hotel. Puede pagarle mil dólares semanales.»

¡Khan le estaba hablando mentalmente!

Sin embargo, no supo cómo hacérselo saber al pelirrojo chófer, sin asustarle.

— Bueno, creo que el señor Khan dará por bueno lo que yo decida. Y le acepto, señor Pearson. Cobrará usted mil dólares semanales y...

— ¿Mil dólares, señorita? — el hombre quedó anonadado.

— Exactamente. Pero debe usted alojarse en este mismo hotel.

— ¿Aquí? Es que tengo familia en Queen's y mis chicos...

— Cuando el señor Khan no le necesite, podrá usted quedarse con su familia, señor Pearson. Ahora, vaya usted a probar los tres coches, que la «Emory & Malcom Inc.» le entregará. Éstos son los contratos. El deportivo azul lo utilizaré yo personalmente. Quiero que lo revise y lo ponga a punto. El

«Cadillac» lo utilizará el señor Khan.

En aquel instante se abrió la puerta que comunicaba con las dependencias particulares de Khan y éste apareció. Iba ligeramente despeinado y estaba serio.

— Buenas tardes.

— El señor Khan — dijo Miriam, nerviosamente.

Jack Pearson inclinó la cabeza.

— Nada de ceremonias conmigo, Pearson. Estamos en un país democrático. Me gusta usted y le acepto. Pero deseo decirle algo muy importante. Vea lo que vea en mí, no se alarme.

— Tengo cuarenta años y no me asombro de nada, señor Khan.

— ¿No? ¿Hacemos la prueba? — En los finos y misteriosos labios de Khan flotó una vaga sonrisa —. Vea usted esas maletas, señor Pearson.

¡Las maletas se movieron todas al mismo tiempo, alzándose del suelo, sin que nadie las tocara!

Tanto Miriam como Pearson abrieron los ojos como platos.

— No se alarmen. Mi poder mental ha anulado el poder de gravitación. No es nada extraordinario.

—¿No? ¡Pues yo me voy, señor! ¡Creo que no me interesa el empleo!

— Por favor, Pearson, quédese. Usted necesita el empleo. Miriam le dará cuatro mil dólares. Su esposa los necesita.

—¿Cómo sabe usted que...?

— Yo sé todo lo que ocurre a mi alrededor. Sus influjos mentales llegan hasta mí. Miriam ya empieza a darse cuenta de algo. Pero aún no lo sabe todo. Y les repito a ambos. No es nada extraordinario, habida cuenta la edad que tengo.

—¿Qué tiene que ver la edad con... con eso? — tartamudeó Pearson, que era un americano sencillo y honesto, ex chófer de camión, de ascendencia irlandesa.

— El señor Khan tiene un millón quinientos mil años — dijo Miriam, muy seria.

— Exactamente — afirmó Khan —.Yo nací en una región que hoy no existe. Entonces, los lugares no tenían nombre. Éramos mi padre, mi madre y yo. Muy pocos, ¿eh? Una pequeña familia. Mi padre cazaba animales u hombres. Los golpeaba con su porra de sílex. Luego, los despellejaba y nos traía las vísceras calientes.

»Lo recuerdo muy bien. Poseo una extraordinaria memoria. Algo así como cien veces la capacidad mental de cualquiera de ustedes.

Pearson miró a Miriam, boquiabierto.

— No se preocupe, Jack... Voy a llamarle así. Suena bien eso de Jack. Vamos a ser amigos usted y yo.

Khan se acercó al impresionado Pearson y le tentó los bíceps.

— Usted habría sido un buen cazador, como mi padre, en aquellos remotos tiempos. Usted es padre. ¿No cazaría para dar de comer a sus hijos?

Él no sabía lo que estaba haciendo allí. Yo lo supe cuando fui mayor, al quedarme solo. Y es que me perdí en una caverna muy profunda, el hoyo más extraño que encontré nunca. Yo iba persiguiendo un animal imaginario.

«Llevaba el hacha en la mano. «Aquello» triscaba entre la maleza. Parecía confiado y yo tenía hambre. Pero no desapareció en la gruta, porque ya he dicho que no existía. Fue un señuelo de Mu-Wu, para atraerme a su lado.

Khan se detuvo y miró a la inquieta Miriam.

— Cuando tenga usted aquí la grabadora magnética, le repetiré este relato. Es parte de la misión que me ha traído a Norteamérica. Cuando yo me haya ido, usted divulgará todo esto. Será su reportaje increíble y mi testimonio. De todo lo que afirme, dejaré pruebas innegables. Pero piensen que yo conozco el final, así como el principio.

* * *

— Te decía, Miriam, que Mu-Wu me atrajo hasta el fondo de su gruta. Era un pozo muy profundo, que penetraba, en declive, hacia el corazón de la montaña.

Al fondo estaba la máquina auxiliar de Mu-Wu. Y él se encontraba dentro. Era así, exactamente.

Khan dirigió la vista hacia el centro de la amplia estancia y Miriam, sentada ante el pequeño control de mandos de la grabadora magnética, orientando la cámara de filmación y los registros, de sonido hacia Khan, quedó impresionada al ver aparecer, como flotando en el aire, un objeto ovular, metálico, dorado y con una serie de ranuras estriadas, como la rejilla de un interfono.

En la cinta magnética quedó grabada, según pudo apreciar Miriam, la extraña imagen aparecida como por arte de encantamiento.

— Mu-Wu se encontraba dentro de «eso».

— Pero ¿y qué es «eso»? — inquirió Miriam, apenas sin voz—. ¿Existe o es una figuración mía?

— Existe. Lo estás viendo. Y puedes tocarlo... Es más, deseo que lo toques y lo rodees. La imagen debe ser comparativa. No temas. Acércate. Yo he creado ahí el huevo de oro de Mu-Wu, lo que prueba su existencia. Puedo reproducir todo cuanto he visto en mi larga vida. A Mu-Wu, desde luego, no logré verlo. Pero escuché su voz y su mente se confundió con la mía. Yo soy parte de Mu-Wu y su inteligencia está en mí.

Mientras Khan hablaba, Miriam se había acercado, no sin cierto temor supersticioso, hasta el óvulo dorado, el cual tocó con recelo. Creyó se trataba

de oro.

— No, no es oro. Es un metal prácticamente indestructible. Se requiere una temperatura de ciento sesenta mil grados para fundirlo. Y tiene ocho milésimas de grosor. Dentro, hay pequeñas máquinas y objetos, que fueron construidos hace no sé cuántos miles de millones de años... ¡Pero muchos miles de millones, eh!... en un mundo que ya no existe.

»De allí venía Mu-Wu. Su máquina sideral se averió. ¡Qué paradoja! Él hubo de lanzarse al vacío en eso y aterrizar aquí.

»Me dijo que en la Tierra, había seres como yo, muy primitivos. Y que el ambiente reinante le dañaba mucho, hasta el extremo de que ya empezaba a sentirse morir. Es curioso, ¿verdad?

—¡Extraordinario!—exclamó Miriam, regresando al control del magnetoscopio.

— Bien. Ahora vas a ser testigo de lo que me dijo Mu-Wu. Escucha. Él empleó un lenguaje telemental o hipnótico. Yo te lo traduzco a tu lengua. Es el principio de mi historia.

Miriam tuvo la impresión de que la luz se apagaba en torno suyo y que todo el mobiliario desaparecía de la estancia, excepto la grabadora, cuyo foco estaba centrado en el óvulo dorado.

Khan también quedó envuelto en las sombras.

¡Pero del óvulo dorado parecía surgir una luz verdosa, que iluminaba las paredes ásperas y húmedas de una gruta!

El silencio sólo se vio interrumpido por pisadas suaves, de pies descalzos, acercándose, así como de ligero golpes de piedra contra piedra.

Y, de súbito, una figura extraordinaria, de aspecto salvaje, surgió de la oscuridad, y se aproximó al óvulo dorado. ¡Aquel individuo era un sujeto primitivo, de cabellos revueltos, cuerpo velludo, piernas recias y arqueadas, ojos brillantes y curiosos, y de un extraordinario parecido con Khan!

Vestía una tosca piel de pelo áspero y llevaba un hacha de sílex en la mano derecha.

— Acércate, Khan — se oyó decir a una voz tenue, que surgía del óvulo dorado—. Tengo algo importante que decirte... No, el animal que persigues no está aquí. Sólo era una invención mía. Necesitaba verte de cerca.

— ¿Quién eres?

— Me llamo Mu-Wu. Mi nombre no significa nada para ti. He venido de un mundo lejano, situado allá, en las distantes estrellas. Mi nave sufrió una avería y he tenido que refugiarme aquí, en tu peligroso mundo.

»Mi vida no durará mucho. Luego, desapareceré. Tu planeta es cambiante. Está naciendo y las pocas gentes que moran en él, perecerán. Pero tú no. Yo te voy a dar vida para muchísimo tiempo... Para siempre, mientras este mundo exista. Quiero que ayudes a tu raza a desarrollarse. Tiene que ser así, puesto que ése es el único medio de que algún lejano día, tú o los tuyos, vayáis hacia los confines del universo, o sea, a la región de donde yo vengo.

»Nosotros somos portadores de inteligencia. La naturaleza es hostil en

todas partes, Khan. Es preciso vencerla. La vida no puede extinguirse jamás. Los mundos desaparecerán, pero la inteligencia debe persistir. Es la ley más natural y suprema. ¿Me comprendes?

»Aunque yo muera, aunque mueras tú, aunque el ser humano esté a punto de extinguirse, alguien debe sobrevivir. Ahora, tú continuarás en este mundo. Debes vivir y aprender, hasta que domines la naturaleza. El tiempo, que ha sido vencido por mí, te ayudará. Tú verás el futuro y el pasado. Podrás ver mi mundo y cómo vivíamos, luchando siempre contra la fiereza natural del universo, contra monstruos y contra los elementos desencadenados. Hay que dominar el infinito, Khan. Hay que vencer las fuerzas que se desencadenaron para crear el bien y el mal, la vida y la muerte.

»Ésa será tu misión durante miles de siglos, aquí. Ayudarás al progreso. Dominaréis la Tierra y los otros planetas, venceréis las distancias, el tiempo, la luz y el átomo, en cuyas partículas más ínfimas hallaréis la grandiosidad del cosmos.

»Ésa será tu misión. Ahora sois pocos, pero iréis creciendo. Y tú ayudarás allí donde se necesite tu experiencia, sin darte a conocer hasta que sea necesario hacerlo, cuando los hombres puedan emprender la gran aventura fuera de esta tierra nueva y trémula.

»Yo no puedo transmitirte más qué la orden. No puedo revelarte nada, porque tu mente no está preparada para comprender. Has de vivir. Serás el jefe secreto de tu raza. Nadie te conocerá, porque ellos vivirán poco y tú mucho.

»Yo te daré esa vida. Y, pase lo que pase, hagan lo que hagan los tuyos, no renuncies jamás. Cuando lleguéis a la meta, hazlo saber a la humanidad. Diles que hubo otros seres, que los hay aún y los habrá siempre, aunque no sean como vosotros... ¡Y que su destino es dominar el cosmos infinito! Así habréis vencido a la vida y a la muerte. Así habréis cumplido el único designio de quien os dio el ser.

»¡Vive sin tiempo, Khan; guía a tu raza siempre!

CAPÍTULO III

— Soy de la «Inter Security Agency» — dijo Patrick Glekkins, llevándose la mano al ala del sombrero y sonriendo a Miriam con simpatía.

La joven se encontró ante un hombre con aplomo, bien parecido, de tipo auténticamente americano, alto, no muy fornido, rostro franco, ojos claros y ademanes desenvueltos.

— Pase usted, por favor, señor Glekkins. Siéntese.

— Glekkins —rectificó él, entrando en el lujoso recibidor.

— ¿Trae usted sus credenciales?

— Sí, naturalmente — replicó él. Y sacó del bolsillo interior una pequeña carpeta de plástico, que abrió y mostró a Miriam.

Ella leyó atentamente, no sin captar el intenso escrutinio de que era objeto por parte del visitante.

— Yo también soy de Illinois... De Knox — dijo Miriam, sonriendo, un tanto forzadamente, pero sin atreverse a mirar al hombre —. ¡Oh! ¿Fue usted funcionario del F.B.I.?

— Sí —admitió Glekkins—. Dimití por razones personales. Eso significa que, si el trabajo aquí va en contra de mis convicciones, renunciaré también.

— Su trabajo ha de consistir en vigilar al señor Khan e impedir que pueda ser molestado.

—¿Un guardaespaldas? — preguntó el agente, con cierto tono de decepción.

Miriam sonrió y miró francamente al otro.

— Casi, casi... Pero no crea que el señor Khan es un hombre corriente.

— Lo imagino. Un extranjero cargado de millones. Cometido fácil... No importa, eso no va contra mis convicciones —había tono de decepción cada vez más acusado en Glekkins—. Usted verá si está de acuerdo conmigo.

— Sí, en principio, lo estoy. El señor Khan ha salido a efectuar una visita. No creo que tarde en volver. Mientras, puede usted esperar aquí. Yo tengo trabajo en la otra sala.

— Gracias — dijo Glekkins—. Esperaré... Ah, una pregunta. ¿Quién es el señor Khan?

— Un hombre sumamente interesante — contestó Miriam, en tono enigmático.

Iba a retirarse, cuando una llamada a la puerta la detuvo.

— ¿Abro? — preguntó Patrick Glekkins.

— No, gracias. Yo lo haré.

Miriam fue a la puerta, la abrió y se encontró ante un sonriente Arthur Klein.

— ¡Hola, Miriam, cariño!

— ¡Arthur!

El periodista abrazó familiarmente a la sorprendida muchacha.

— Me dijeron que habías llamado. Luego, te he buscado y...

— Perdona, Arthur. Ahora no puedo atenderte. Estoy muy ocupada.

— ¿Es que ya no somos amigos? ¿Qué estás haciendo aquí? Veo que ha cambiado tu aspecto... ¡Y vaya joyas! ¿Has asaltado alguna sucursal bancaria?... Es una broma, amigo.

Patrick Glekkins estaba mirándoles y Miriam se sintió azorada.

— Lo siento, Arthur. Pensaba ir en algún momento al Lover's. Quería explicarte. Ahora debes irte. Tengo trabajo.

— »¡Ah, no, Miriam! Me ha costado mucho encontrarte. El último día que nos vimos ocurrió algo extraño y deseo...

— No puedo decirte nada ahora, Arthur. Vete, por favor.

— ¡No me iré!

— La señorita le ha dicho que se marche — intervino Patrick, acercándose.

— No se meta en esto, amigo. Conozco a Miriam — replicó Arthur Klein, seguro de sí mismo. Pero al fijarse mejor en Glekkins, exclamó—: ¡Oiga, yo le conozco! ¿Usted no era agente del F.B.I.? ¡Sí, vaya que sí; ahora le recuerdo! Le expulsaron hace dos años por algo turbio.

— ¡Nada turbio, muchacho! Yo también te recuerdo a ti. Eres uno de esos fisgones periodistas, borracho, mujeriego y jugador, de los que venden una noticia a varios periódicos... ¡Y como nos conocemos los dos bien, ya te estás largando de aquí!

— ¡Pat Glekkins, ése es su nombre!

—¡Basta, Arthur; es mejor que te marches! —exclamó Miriam, secamente.

— ¿Y qué hace este ex polizonte aquí?

— Eso es asunto mío — replicó Miriam.

— ¡Y mío!—añadió Patrick, avanzando y agarrando al periodista de la pechera—. ¡Largo te han dicho, renacuajo!

De un empellón, lanzó a Klein al pasillo.

— Acostúmbrate a obedecer cuando te dan una orden.

— ¡Le pesará, Glekkins! ¡Ya no es usted del F.B.I.!

Y como Patrick alzase el puño, con intención de golpear al otro, éste salió corriendo.

— Lo siento, señorita — habló entonces el agente de la «Inter Security»—. No sé de qué conoce usted a Klein, pero le advierto que es un sujeto poco recomendable. El profesional del periodismo con menos escrúpulos que conozco.

— Le tenía ligeramente tratado, señor Glekkins. Pero le conozco.

— Hágame caso y no le trate mucho. Con él nunca se gana.

— De todas formas, gracias por haberme ayudado. Jack y el señor Khan no están ahora aquí. Sólo tengo tres mecanógrafas en la habitación que hemos

convertido en despacho.

— Si he de protegerles a ustedes de tipos como ese Klein, el trabajo me gustará — afirmó Patrick, cuando Miriam se retiraba.

— No creo que Arthur vuelva a molestarme. De todas formas, le hablaré en cuanto tenga ocasión. No se ha portado correctamente conmigo. Yo le tenía por otra cosa.

* * *

Khan contempló a Patrick y sonrió.

— Se quedará usted también aquí, señor Glekkins. Sinceramente, me gusta.

— Gracias, señor Khan. Sin embargo, quisiera saber cuál ha de ser mi trabajo.

— Vigilancia y protección. Dentro de poco, muchas personas van a tener interés por mí. Estoy realizando una serie de gestiones que volcarán sobre este hotel innumerables curiosos. Vamos a tener que enfrentarnos, además, con agentes de seguridad nacional. Y hasta intervendrá el cuerpo al que usted pertenecía.

— ¿Es usted un político?

— No, nada de eso. Digamos un hombre de ciencia— replicó Khan—. Pero no me comprenden. Yo tengo, empero, el deber de hacer lo que hago. Usted percibirá una gratificación especial de veinticinco mil dólares mensuales, aparte de la tarifa de la agencia, por estar a mi lado.

— ¿Veinticinco mil...? — Patrick quedó aturdido, mirando ora a Khan, ora a la sonriente Miriam.

— Sé que no le parece poco. Pero puedo darle mucho más. Soy uno de los hombres más ricos del mundo— dijo Khan—. Poseo acciones en numerosas empresas internacionales. La oficina que controla mis bienes se encuentra en Suiza y, ¡ni siquiera me conocen!

— ¿A qué ha venido usted a Nueva York? — preguntó Patrick.

— Eso es muy largo de explicar. Tenía que hacerlo, sencillamente. Los Estados Unidos es un mundo técnicamente muy avanzado. Pero no lo suficiente aún. Yo invierto dinero en empresas dedicadas a la investigación, apoyo a los científicos que estudian cierto tipo de progreso. No todo lo que se enseña en las universidades es ciencia, ¿comprende?

»Pero de todo eso ya hablaremos a su debido tiempo. Ahora, lo primordial es que Miriam escriba y grabe mi historia. ¿En dónde quedamos ayer, pequeña?

— Estábamos en los albores de la humanidad — dijo Miriam, con intención, mirando a Patrick, quien abrió extraordinariamente los ojos. — El señor Khan vive desde hace un millón y medio de años.

Patrick no replicó.

— Puede que al señor Glekkins no le parezca tan natural como a usted,

Miriam — habló Khan—. Habremos de convencerle.

— Como frase, es chocante — dijo Patrick, sonriendo ahora—. Pero no tiene usted aspecto de ser tan viejo.

— Poseo un metabolismo regenerador —dijo Khan—. A propósito, Miriam, ¿ha venido el doctor Rusell?

— Ha anunciado que vendrá esta tarde, señor Khan.

— El informe del doctor Rusell, por absurdo que sea, lo incluirá usted en esa documentación. Y déjeselo leer al señor Glekkins. Tal vez crea que, con un corazón especial, de un tejido fantástico, se pueda vivir millón y medio de años.

Al decir esto. Khan se golpeó el pecho.

— Todo es materia, Glekkins; pura materia. La aplicación es lo que varía. Lo importante es mantener latente el cerebro. Aquí está el centro motriz. Si las neuronas viven y se desarrollan, todo va bien. Mi encefalograma revela un intenso magnetismo mental.

Comparado en voltios dispongo de energía para desplazar toda la ciudad, utilizando sólo el pensamiento.

Patrick Glekkins empezó a sospechar que Khan era un loco extravagante.

— Pase usted a nuestro despacho, señor Glekkins — invitó Khan—. Quiero que Miriam le muestre algo.

Siguiendo a Khan, cruzaron la estancia donde trabajaban las tres mecanógrafas, las cuales se pusieron en pie, saludando muy correctamente, y penetraron en la otra habitación. Allí tenía Miriam el magnetoscopio e infinidad de material electrónico para grabaciones.

— Siéntese donde no estorbe, Glekkins — indicó Khan—. Vamos a repasar el mensaje de Mu-Wu. En esencia, aquel ser extragaláctico me facilitó los medios para vivir todo el tiempo que fuese preciso. No sé lo que ocurrió en nuestra tercera entrevista. Debió dormirme. Luego, salió, supongo, de su refugio, y me «operó», dejándome instrucciones mentales de cómo regenerar mi sangre cada ciento cincuenta años.

»Esto lo supongo, sólo. No pude verlo. Como tampoco sé el tiempo que estuve allí. Cuando salí al exterior todo me pareció igual. Entonces no se conocía el reloj, ni yo había aprendido la ciencia de las estrellas.

»Pero noté la señal, aún roja, en mi pecho. Mu-Wu me operó en estado de inconsciencia. Yo he intentado averiguar más tarde, por medio de la ciencia, qué clase de víscera cardíaca es la mía. No es como la de los demás, sin duda. Eso me han dicho. Pero nadie sabe por qué. Además, existen dudas respecto a que un corazón igual que el mío pueda servir a nadie.

»Mi corazón tiene mucho precio, señor Glekkins. Por eso está usted aquí. No se trata de vigilar mi dinero. De eso se encargan los bancos. ¡Usted cuidará mi corazón, mi vida, todo cuanto tengo, para servir a Mu-Wu y a su ancestral designio!

— Creo que voy a renunciar a mi trabajo, señor Khan —dijo Glekkins seriamente—. Empiezo a creer que usted no necesita de mis servicios.

— ¡Naturalmente que le necesito, Glekkins! Poseo cierta clase de control sobre casi todas las personas que nos rodean. Incluso puedo intervenir en las mentes de sujetos muy distantes. Por eso, puede usted pensar que su ayuda no me es necesaria. Pero yo sé que hay individuos a los que no puedo controlar. Y en este país existen bastantes. Me refiero a sicarios, fanáticos, drogados, entes mera de razón y de sentido común. Ante esos hombres, yo estaría indefenso. Sé defenderme. Conozco métodos increíbles de autodefensa. Practico yoga, karate, judo y jiu-jitsu, además de otros métodos, ya desaparecidos, de lucha defensiva. Piense que, al principio, tenía que luchar hasta con animales antediluvianos.

»Mas pienso que, ante individuos afectados por cualquier enfermedad psíquica de tipo agresivo, si no estoy alerta, puedo sufrir daño. Eso no sería una desgracia mayor, desde luego. No puedo morir y lo sé. Pero necesito de sus servicios para evitar atentados e intromisiones.

»Y, particularmente, le necesito para que cuide usted de todo lo que estamos haciendo aquí, que es tan importante como yo. Miriam, por ejemplo, es primordial ahora para el feliz desarrollo de mi trabajo. Y ella no tiene facultades extrasensoriales de defensa.

Patrick miró fijamente a Miriam. Tuvo la sensación inmediata de que era una mujer hermosa, pero necesitada de ayuda.

Y la suplicante expresión de Miriam le decidió:

— De acuerdo, señor Khan. No puedo creer nada de lo que usted me ha contado. He sido agente del F.B.I. y mi cerebro es analítico. Sólo me guío por verdades demostradas. Pero cuidaré de ustedes. El sueldo, sin embargo, es exagerado. Con pagar la tarifa de la agencia, me basta.

— Yo sé que usted merecerá mucho más, señor Glekkins. Y hasta que le adeudaré señalados favores por su colaboración. Conozco su rectitud y honradez. Usted no dimitió del puesto oficial que tenía por razones pueriles, sino por imperativos extraordinarios y excelentes que sus jefes no llegaron a comprender.

— ¿Qué sabe usted de mí? — se sorprendió Patrick.

— Sé, por ejemplo, que tuvo usted la oportunidad de desarticular una organización de espías internacionales, conocida con el nombre de «Malk». Pidió ayuda y le fue negada.

— ¡Usted no puede saber eso!—exclamó Patrick, poniéndose en pie.

— Sí, lo sé. Y mucho más. Habló usted incluso con el señor Hoover. Y le ofrecieron la graduación de capitán, junto con el traslado a un departamento en San Francisco. Pero usted quería ayuda para desarticular a «Malk». Y eso le fue negado. Por eso dimitió.

— No... Eso es completamente secreto... ¡No puede ser! —Patrick Glekkins parecía aturdido y demudado.

— Lo sé. Ya lo ve. Pero olvídelo. Aquí no tratamos esos casos, sino otros mucho más importantes. Yo tengo que entrevistarme secretamente con muchos científicos norteamericanos. Eso entrañará un riesgo. Me tomarán por

agente extranjero, por espía, por todo lo malo o peor que pueda existir, aunque yo no he venido aquí a obtener información científica secreta, sino a facilitarla.

»Yo he venido para sacar de sus errores a prestigiosos científicos espaciales y atómicos, dándoles soluciones correctas a sus problemas.

»Sé que en la NASA, por ejemplo, están cometiendo tremendos errores técnicos y científicos, que acarrearán cuantiosas pérdidas de dinero y tiempo... ¡Y por esos errores se perderán inútilmente vidas humanas!

»Ni el dinero ni las vidas me importa. No es cosa mía. Pero el tiempo, sí. Y esto lo digo yo, que carezco de tiempo. ¿Paradójico, verdad?

»La verdad es que estoy cansado. Mu-Wu me ordenó alentar la investigación, apoyarla en todo y por todo, para que alguien pueda ir alguna vez al mundo de donde Mu-Wu procedía.

»La Humanidad debe conquistar el cosmos y no demorarse. La evolución natural del hombre ante el universo está iniciándose. Pronto, las naves siderales hendirán el vacío y viajarán por el cosmos, como lo hizo Mu-Wu. Y los que lleguen a un mundo de cielo verde, prados ilimitados y lisos, donde crecen ciudades transparentes, tendrán que decir que Mu-Wu estuvo aquí, yace aquí y desea volver a yacer eternamente con los suyos.

»Eso quería, Mu-Wu. Pero llegó en un tiempo en que la Tierra estaba en el período pleistoceno.

»Yo he visto tribus prehistóricas atacarse entre sí en la época glaciar. He presenciado y sido testigo de hecatombes espantosas. He visto caer del cielo enormes meteoros que han destrozado la corteza terrestre y cambiado la posición de los mares, aniquilando civilizaciones técnicas tan avanzadas o más que ésta.

»He visto crecer mis huesos hasta convertirme en un gigante de casi seis metros de altura, debido a intensas lluvias de radiaciones estelares, y los animales de los bosques convertirse en monstruosos dinosaurios.

»Fui testigo del diluvio y presencié el hundimiento de la Atlántida, cuando se desplomó nuestra segunda luna. Y yo, que casi había alcanzado mi objetivo, con aquella civilización técnica tan avanzada, hube de mesarme los cabellos y trasladarme a Egipto y Mesopotamia, para intentar allí crear una nueva conciencia científica.

»Todo fue en vano. Los demonios del Averno desencadenados siempre se aliaban contra mí, como una maldición. Y seguí luchando en todas partes, en el intento de apaciguar los odios y hacerme oír de los sabios.

»Intenté sacar de su error a Ptolomeo, asegurándole que la Tierra no era el centro del universo. Pero no quisieron creerme. Luego, en la decadencia del imperio egipcio, tuve que pasar a Grecia, donde los academicistas helenos me prometían una mayor comprensión.

»Pero aquellos sabios me rechazaron también, no sin que algunos se aprovechasen de mis enseñanzas. Yo hablé con Pitágoras, con Euclides, con Aristóteles, y con muchos otros que la historia desconoce. Unos me creyeron,

otros, no.

»Pero las guerras, el hambre, la muerte y la destrucción siempre me vencían. En el imperio romano, también confié, y gracias a mí se extendió el imperio, se conquistaron las Galias, la Hispania y el poderoso reino de Cartago.

»Mis minas de Gadea se utilizaron para obtener minerales. Yo les decía a los exploradores dónde podían obtener riquezas, cómo hacer máquinas. No lo hacía directamente, sino transmitiéndole el pensamiento, donde anidaban mis antiguos conocimientos.

»Jamás me creyeron, pese a que guié hasta el propio Alejandro en sus victorias. Ellos siempre creyeron que la transmisión de mi pensamiento era fruto de su inteligencia.

»Así, los Césares, así los bárbaros del Norte, los mongoles, los hijos de Alá, que extendieron el poderío árabe por toda la cuenca del Mediterráneo; así Cristóbal Colón, así Napoleón Bonaparte... Así, hasta nuestros días: Yo influí en Newton, en Galileo, en Kepler, en Leonardo, en Giordano Bruno... ¡Y hasta en Albert Einstein, Oppenheimer, Fermi, Bohr y en Edison, Marconi, Lumiére, Volta, y miles de hombres más!

— Por el dinero que me paga usted, estoy dispuesto a aceptar todo eso. Pero no puede obligarme a creerlo — objetó Patrick Glekkins, muy serio.

— De acuerdo, Patrick —admitió Khan—. Puede que luego cambie usted de opinión. Ahora, pueden ir a comer. Yo tomaré mis píldoras regeneradoras.

CAPÍTULO IV

Mientras comían en el suntuoso salón del hotel, poco después, Patrick Glekkins preguntó a Miriam:

— ¿Está loco el jefe, señorita Herzl?

— Llámeme Miriam, por favor... No lo sé. Pero puede usted creer todo lo que dice. Si hubiese visto lo que he visto yo, le creería.

— ¡Jamás, ni viéndole trasladar la estatua de la libertad! Aunque confieso que me ha dejado confundido al mencionar lo de «Malk». Sospecho que lee el pensamiento, y eso lo puede hacer mucha gente. ¿De dónde ha venido?

— Es un hombre internacional. Tiene pasaporte británico, pero figura como natural de Shigatse, en el Tibet. Me ha dicho que el lugar de su nacimiento, una gruta prehistórica, ya no existe. Se ha visto obligado a cambiar continuamente de nacionalidad... ¡Y hasta me ha hecho ver lo que era el terreno sobre el que se levantaba esta ciudad, hace no sé cuántos años!

«También he visto las cenizas dé Nueva York, en el siglo XXX.

Patrick sonrió.

— ¿Por qué no hablamos de otra cosa? Este ambiente me gusta. Me gusta el sueldo, me gusta usted...

— Y le disgusta Arthur Klein, ¿no?

— Es un reptil humano.

— Le conocí en el mundillo periodístico. Yo vine en busca de trabajo, con una recomendación insignificante.

— ¡Hum! ¿Y tropezó con él? ¿Qué está haciendo ahora?

— Trabaja con Dan Crawny. Le busca datos para reportajes. Crawny los firma y da algunos dólares a Klein.

— Tan repugnante es Klein como Crawny. Explotan el chantaje periodístico. O la víctima paga o se encargan de publicar en la prensa toda la mezquindad y la podredumbre que son capaces de reunir, valiéndose de detectives privados, espías y confidentes. Pobre del que cae en sus manos. O lo arruinan o lo despellejan. Esos tipos deberían estar encarcelados hace tiempo.

— Parece usted conocerlos bien.

— Sí, los conozco. Hay muchos como ellos, más o menos disfrazados. Crawny actúa ya sin máscara. Es el responsable de más de un suicidio. No me extrañaría que alguien le pegase dos tiros el día menos pensado.

»De mí llegaron a insinuar que fui expulsado del F.B.I. por cohecho y soborno. Eso lo hicieron de gratis, porque poco podían sacarme. Y sé que fue Dan Crawny quien redactó el reportaje. Iba sin firma, de lo contrario lo habría encerrado en Sing-Sing. Indagué y no conseguí nada. Esos tipos se protegen unos a otros como ratas. ¡Bah, en el fondo, muchos son fruto de estiércol!

— Yo también soy periodista — quiso defenderse Miriam.

— Hay muchísimo periodista honrado, gracias a Dios —admitió Patrick

—. He conocido auténticos hombres de valor y dignidad, lo que honra la profesión. Pero ésos a quienes me refiero, son la manzana podrida de toda cesta de fruta... ¡Hieden y corrompen!

— Bueno, Arthur Klein no me interesa mucho. Apenas si lo había tratado. Me presentó a varios conocidos suyos.

— ¡Más hubiese usted ganado yendo sola a buscar trabajo que acompañada por él! ¿Qué hacía usted antes?

— Era maestra de escuela en Knox y colaboraba en el periódico local. Nueva York siempre me había fascinado. Y pensé probar suerte.

Patrick envolvió a Miriam en una mirada conmiserativa.

— La eterna historia. Aunque hay mucha gente que triunfa. ¿Va usted a publicar la historia del señor Khan?

— Eso es lo que él quiere.

— No se la publicarán.

—¿Usted cree? — Ahora Miriam sonrió enigmáticamente—. Escuche, Patrick. Khan me enseñó el otro día dos cristales. No sé de qué son. Parecen diamantes, pero sin brillo. Están tallados y pulidos, aunque tienen estrías y partes cóncavas.

»Dos trozos de vidrio de raro aspecto. Uno sin el otro no sirven de nada. Pero juntos, en la posición correcta, son un arma mortífera y de un poder destructivo incalculable.

»Khan desintegró materialmente una roca de varias toneladas por medio de esos dos cristales. Me habló de energía luminosa. Dice que es algo infinitamente superior al láser.

«Habíamos salido con Jack Pearson, nuestro chófer. Probábamos el «Cadillac». De pronto, Khan dio orden de detenerse y me mostró los cristales.

»— Vea usted esto, Miriam. ¿Qué supone que es?

»Yo miré los objetos y negué con la cabeza.

»— No lo sé — dije.

»— El gobierno de los Estados Unidos me daría una fortuna por ellos. Con esto sano y destruyo, mato y revivo. Piense en que estos dos cristales, hechos por mí hace siglos, tienen un increíble poder. Es como la piedra filosofal de los antiguos alquimistas.

»He revivido hombres que la medicina había desahuciado. Hago coincidir la luz a través de estos cristales y el rayo invisible o visible, según me convenga, que se crea, ejerce su influencia sobre el cuerpo humano. Si se trata de un corazón detenido recientemente, le animo con estímulos luminosos. Si es una parálisis cerebral, la elimino; un tumor maligno, lo destruyo; una trombosis arterial o coronaria, lo mismo. Elimino úlceras internas, contengo hemorragias, devuelvo la vista a los ciegos y el oído a los sordos...

»— ¡Esto debe ser maravilloso! ¿Por qué no lo pone en manos de la ciencia?

»— Lo hice, y por pocas soy quemado vivo. Tuve que escapar, dejando dos cristales iguales que éstos en poder de un inquisidor en Francia, en el

siglo XIV. Por fortuna, aquel hombre no sabía manejarlos.

»Pero a usted se los dejaré. Hemos de confeccionar unas tablas de posición y de distancia para su manejo.

—¿Le va a dejar a usted ese tesoro? — se sorprendió Patrick.

— Sí, eso dijo. Hizo una demostración con la roca de que le he hablado. Sitúa un cristal indeterminada posición, para recibir rayos solares. La luz es reflejada o filtrada al otro cristal, y de éste surge el rayo.

»Lo vi con mis ojos. El señor Khan nos dijo:

»— Miren esa roca—- vimos la gran piedra, a unos doscientos metros de distancia. Luego, observamos cómo sus manos manipulaban en los cristales.

»¡Y a los pocos segundos, la roca se desmaterializó sin ruido, ni explosión alguna! Cuando fui a comprobarlo, noté un excesivo calor en el aire. Pero de la roca no quedaban ni vestigios.

»Por lo visto, un cristal es «receptor» de energía luminosa; el otro es emisor de potencia de la misma clase. El señor Khan dice que no hemos dado la importancia que tiene a la luz, a pesar de ser la energía más natural y económica de cuantas poseemos.

— Creo que será interesante trabajar con él — musitó Patrick.

* * *

Patrick recibió al doctor Rusell. Éste era un hombre de mediana edad, elegante, alto, provisto de una bien recortada barba. Traía una cartera de piel en la mano.

Parecía ligeramente excitado o inquieto.

— ¿Está el señor Khan?

— Ya le he dicho que sí por teléfono —contestó Patrick—. Pase. Le está esperando.

Patrick cerró la puerta y penetraron en el despacho de Khan, donde estaban éste y Miriam, acompañados por Jack Pearson y una de las secretarias de Miriam, una chica rubia, llamada Katty Bryan.

— Hola, doctor Rusell. Me alegro de verle. ¿Cómo ha resultado el examen?

— Increíble, señor Khan.

— ¿Quiere tomar nota, señorita Herzl? — dijo Khan, volviéndose a Miriam, después de haber estrechado la mano del galeno—. Lo que va a decirle el doctor Rusell debe quedar grabado en el magnetoscopio.

— Lo he traído escrito — dijo Rusell, abriendo su cartera—. Hay varios aspectos increíbles y enteramente anómalos, como son su corazón y su cerebro.

— ¿Quiere usted que salgamos? — preguntó Jack Pearson.

— No, Jack; quédense todos, por favor. Ustedes son mis testigos. ¿Qué dice el electroencefalograma?

— Nada. No se ha podido verificar. Y eso es lo extraordinario. Posee usted un poder mental que no es posible captarlo.

— ¿Da usted fe de eso, doctor?

— Fe absoluta. Tengo el convencimiento de que su cerebro no es humano.

— En eso se equivoca, doctor Rusell. Soy más humano que usted. Mi cerebro está desarrollado en toda su capacidad, y aún podría desarrollarse más. Pero la ciencia de ustedes no está a la altura de mi cerebro. Se lo dije y no le he mentido.

»Hábleme ahora de mi corazón.

—¡Es extraordinario! Su funcionamiento es perfecto, aunque no revela que sea capaz de latir lo que usted indica.

— ¿Qué es lo que revela, pues?

— Que no es un corazón como el nuestro. En primer lugar, la materia de que está compuesto me es absolutamente desconocida. Para analizarlo, sería preciso hacerle una punción biópsica…

— ¡A lo que me opongo terminantemente! — exclamó Khan.

— Ni tampoco trabaja como los nuestros. Le repito que no he conocido nada igual. ¿Puedo poner esto en conocimiento de la Academia de Ciencias?

— No, todavía no. Le he pagado cien mil dólares por su diagnóstico. Su informe obrará en poder de la señorita Miriam Herzl. Puede usted tomar nota. En su día le será útil.

«Ahora, le hablaré de las modificaciones que debe usted realizar en el electroencefalógrafo para poder estudiar cerebros como el mío, aunque no sé qué utilidad pueda tener, dado que no encontrará usted a nadie de mis características.

— ¿Quién es usted, señor Khan? — preguntó Rusel.

— Soy un ser extraordinario, nada más.

— ¿Inmortal?

— No, mortal. Pero longevo. Y si le interesa la medicina espacial, acuda usted el día once al claustro de profesores de la Facultad de Medicina, donde daré una conferencia ilustrada, que va a causar auténtica sensación.

— El día once tiene usted otra conferencia en Harvard, señor Khan — intervino Katty Bryan.

— Tengo seis conferencias. El día once es muy importante para mí, señorita. Y el día doce será importante para todos ustedes, en especial para Patrick. Ese día quedará revelado el secreto. En América existen medios rapidísimos de información. En pocas horas, el mundo entero conocerá mi existencia. Y lo que antes me fue negado, por avatares de la historia, ahora tendrá que ser reconocido.

«Piensen que todos los gobiernos del mundo saben o sabrán lo que soy y lo que pretendo. Es el mundo lo que me importa, no un país o un grupo étnico, y menos un partido político. He luchado durante miles de siglos por el progreso de la Humanidad. Ahora que estoy a punto de alcanzar mi sagrada y prolongada meta, no puedo conceder exclusivas a nadie.

»Mi única exclusiva son ustedes.

— Lo que va usted a decir aquí, ¿lo ha dicho también en otros países?

— Sí. Lo he dicho — afirmó Khan seriamente.

— ¿Y no teme que eso cree una rivalidad entre los gobiernos? — preguntó Miriam.

— No Todas las fórmulas están incompletas. China no puede utilizar contra ustedes lo que les he enseñado, por ejemplo, porque necesitan algo que no poseen. Yo demuestro que mis palabras son ciertas. Hago el experimento y revelo la fórmula. Pero me reservo un factor decisivo. Y éste lo daré en otra ocasión, cuando todos los pueblos conozcan mi mensaje. Es como un rompecabezas, en el que falta una pieza central, clave. ¿Me entienden?

— ¿Y esa pieza clave se relaciona con el mensaje de Mu Wu? —preguntó Patrick Glekins.

— En efecto. Y sé lo que está usted pensando, Patrick. Tiene razón. Yo podía haberme apoderado del poder político hace muchos siglos. Yo podía haber formado un gobierno, un reino o una república, y, bajo mis órdenes, la ciencia habría progresado.

— Exactamente — admitió Patrick, sin sorprenderse ya de que Khan, pudiera leer su pensamiento—. ¿Por qué no lo hizo?

— No pude. Yo no soy omnipotente. En primer lugar, porque en mi anonimato podía llegar más lejos, trabajar más por mi propósito. Un gobernante está ligado a numerosos problemas. El mío es estrictamente científico. Tenía que crear una conciencia científica, un afán de progreso. Y cuando lo tenía casi logrado, algo ajeno a mí se venía a interponer.

»Esto me ocurrió en Alejandría. Llegué reunir a numerosos sabios. Disponíamos de millares de manuscritos, donde se recopilaban casi todas las ciencias de la Antigüedad. Pero las legiones de Julio César, al incendiar la biblioteca de la ciudad, nos sepultaron de nuevo en el pasado y en la ignorancia.

»No pueden ustedes imaginar lo que logramos hacer y descubrir. Yo les puedo llevar ahora mismo a galerías subterráneas secretas, donde verán máquinas accionadas por electricidad, que se construyeron hace más de tres mil años. ¿Se ríen?

»¿Sabe alguno de ustedes que existen galerías subterráneas de hormigón armado, acero y tungsteno, que comunican América con Europa, por debajo del Océano Atlántico?

»¿Saben ustedes la civilización secreta que existe en el interior de las montañas del Himalaya? ¿Saben que hay ciudades cubiertas por el hielo en la Antártida? ¿Y saben que esas ciudades todavía están habitadas?

El doctor Rusell sonrió débilmente.

—¿Es usted capaz de conducirnos a todos allí?

— ¡Naturalmente que sí, doctor! Va a ir usted solo. Nosotros tenemos mucho trabajo aquí.

Al decir esto, Khan miró al doctor Rusell un instante... ¡Y todos los presentes lo vieron desaparecer de la vista súbitamente!

Aquello fue demasiado para la mente analítica de Patrick Glekkins.

— Oiga, señor Khan, ¿qué ha ocurrido? ¿Dónde está el doctor Rusell?

— Lo he trasladado a Lemúrida o Lemuria. Regresará dentro de algunos días. Y no podrá decir que esa ciudad sepultada bajo el hielo no existe. Allí, los sacerdotes le tratarán bien. Me conocen.

—¿Cómo? — gritó Patrick—. ¿Cómo puede usted trasladar a alguien de ese modo? ¿Qué maléfico poder es el suyo?

— No se trata de ningún poder maléfico, Patrick — replicó Khan—. He realizado una transmutación de materia por medio de teleportación mental. Yo sé que ustedes no lo entienden, porque no poseen capacidad para ello. Obsérvese usted mismo, Patrick. Ahora voy a hacerle desaparecer de donde está y trasladarle junto a la ventana.

Efectivamente, sin hacer gesto alguno, Khan logró «trasladar» a Patrick, haciéndolo desaparecer de donde estaba y haciéndole «aparecer» instantáneamente, junto a la ventana.

Miriam, Katty y Jack retrocedieron, asustados.

Patrick, por su parte, no despegó los labios.

—¿Le he causado algún daño, Patrick? — preguntó Khan.

— No... Ninguno... Yo estaba ahí. Y no me he movido.

— Cierto. Le he movido yo. Mi mente no es producto de brujerías. Es magnetismo. Al principio ensayé con pequeños objetos. Sólo podía desintegrarlos a medias. Pero mi mente siguió insistiendo. Yo la hice más fuerte a través de la concentración. Piensen que he permanecido hasta quince años seguidos pensando en lo mismo. Y la voluntad es capaz de todo.

«Cualquiera de ustedes podría hacerlo con un objeto pequeño. Concéntrense durante varios años, pretendiendo mover el objeto, y lo conseguirán, porque las radiaciones mentales llegan, al fin, hasta el objeto y lo trasladan.

»La transmutación de materia por teleportación psíquica no se consigue jamás durante la corta vida del hombre normal. Se necesita más de la mitad de la capacidad total del cerebro.

— Sigo sin comprenderlo — admitió Patrick —. Y pienso que si no es usted un genio del mal, debe ser un genio del bien... ¡Usted es dios!

Khan no acostumbraba a reír. Sin embargo, en aquella ocasión lo hizo, soltando una sonora carcajada.

—¡Pobre de mí! ¡Dios es infinitamente superior a mí, se lo aseguro a ustedes! Soy sólo un ser humano que, gracias a Dios, ha vivido muchísimos años.

»No, amigos míos. Ustedes no pueden comprenderlo, y lo sé. Tampoco intento que lo comprendan. Es mejor que lo acepten tal como es.

»Voy a efectuar otra demostración, Patrick. Usted lleva una pistola, ¿no es verdad?

Patrick llevó la mano a la funda axilar y extrajo una pistola automática.

— Sí.

— Voy a demostrarle por qué no puedo morir nunca. No se alarmen, por favor. La prueba es un poco impresionante. ¿Quiere dejarme su pistola? —rogó Khan, acercándose a Patrick.

Éste se la entregó y Khan la montó, luego se apuntó con ella en el cráneo.

— Si disparo, la bala sólo rasgará mi piel. No hay arma capaz de atravesar mi protección craneana. Eso quiere decir que mi cerebro está muy bien protegido. Véanlo.

Khan se apuntó a la sien y oprimió el gatillo.

Excepto Katty, que se desmayó, todos pudieron ver un hilo de sangre deslizarse por la mejilla de Khan. Pero apreciaron el impacto de la bala en el techo, al ser desviada por el cráneo de Khan.

— No es nada — dijo Khan, sonriendo—. La hemostasis es inmediata. ¿Ven? Ya no sangra. Y la herida se cierra sola. Lo mismo ocurre si me disparo al corazón.

— Por favor, no lo haga — pidió Patrick —. El personal del hotel acudirá a saber...

— Nadie ha oído nada, pese a que el disparo ha sido real. No me gusta alarmar a nadie innecesariamente. Tenga su arma, Patrick. Eso le demostrará la razón por la cual no puedo morir de accidente. Sólo mi cerebro y mi corazón son vitales. El resto del cuerpo es una simple máquina, que regenero a voluntad.

CAPÍTULO V

Dan Crawny era un hombre calvo, con cara de halcón, ojos saltones tras los cristales de sus gafas de concha y ademanes pausados y grotescos.

Estaba sentado detrás de su mesa de despacho, llena de papeles y documentos, y frente a él se sentaba Arthur Klein, muy nervioso.

— De veras. Dan; es cierto. La chica me lo ha contado... ¡Ese tipo es fabuloso!

— Ésa es la palabra, Arthur; fabuloso, de fábula, que significa mentira.

— ¿Y el cambio que he notado en Miriam? Lleva joyas que valen una fortuna. Tiene un deportivo descapotable de diez mil dólares, y vive en el «Sheraton».

— Eso puede que no sea fábula. Es más tangible, muchacho. ¿Dices que no tenía ni un centavo?

— Sí.

— Entonces es que el tipo está nadando en oro. Háblame de él.

— Bueno, apenas si recuerdo nada. Entró en el «Lover's», con un maletín, pidió un bocadillo y un vaso de leche con hielo. Luego, se fijó en Miriam, y trabó conversación con nosotros. Yo le atajé y estuve a punto de golpearle, pero él me tocó la mano y sentí como una sacudida eléctrica.

— Podía llevar alguna pila de alta tensión en el maletín — observó Crawny.

— No lo sé. Ni tampoco sé lo que pasó luego. Creo que debí marcharme. Cuando me di cuenta, estaba paseando por la calle 43, sin saber cómo había llegado allí. Furioso, volví al «Lover's», pero Peter no recordaba nada de lo ocurrido y me dijo que Miriam no había estado conmigo, ni con nadie.

»Sin embargo, Miriam me llamó aquel día al hotel. Creo que pretendía disculparse. Pero yo no estaba y me dieron el recado cuando regresé por la noche. Entonces llamé al hotel de Miriam y me dijo que se había trasladado al «Sheraton».

»Fui allí y me la encontré en compañía de Pat Glekkins.

— ¿El que expulsaron del FBI? — preguntó Crawny.

— El mismo. Tuvimos unas palabras y tuve que marcharme. Glekkins no parecía muy afable.

— Sigue mi consejo y guárdate de él.

— El caso es que trabaja para el mismo jefe que Miriam. Lo he sabido esta mañana. Esperé a Miriam, a la puerta del «Sheraton». Estuve ayer todo el día y esta mañana. Al fin, salió ella. Iba a efectuar algunas compras.

»No se alegró de verme, lo que demuestra que Glekkins la ha predispuesto en contra mía. Pero yo quería hablarle. En primer lugar me dijo que estaba trabajando en algo sumamente importante y que no podía perder tiempo conmigo.

»Yo insistí y, por fin, logré que entrara en un salón de té, donde hablamos

en un rincón. Al principio insinuó que su trabajo estaba relacionado con el periodismo, ya que escribía y grababa la historia de un hombre extraordinario e inmensamente rico.

»— ¿El tibetano? — le pregunté yo.

«Miriam asintió. Pero dijo que no podía decirme nada de él, porque yo no era de fiar.

»Le dije que no debía meterse en líos. Posiblemente, su nuevo jefe sería un agente extranjero, con una misión secreta que realizar en el país, a consecuencia de lo cual podía verse metida en algún jaleo gordo. Estando Glekkins por medio, los embrollos con la policía no tardarían en iniciarse.

»Y fue entonces cuando me dijo que su jefe, el señor Khan, podía llevar de cabeza a toda la policía del mundo.

— Muy interesante, Arthur— dijo Dan Crawny—. Continúa.

— Mi buena amiga terminó diciendo que está grabando la historia de Khan.

—¿Ya le habías echado la píldora de clorhidrato de pentotal? — preguntó Crawny.

— Sí. Aproveché un frenazo que dio un coche en la calle. Ella volvió el rostro y yo vertí la píldora en su té caliente.

— Bueno, ¿qué te contó?

— Agárrate fuerte. Khan tiene un millón y medio de años. Ha sido testigo de la creación del mundo. Ha visto desaparecer civilizaciones técnicas del pasado y sabe más que nadie en el mundo de secretos ignorados, de riquezas, tesoros fabulosos, procedimientos parapsicológicos, teleportaciones mentales, transmisión de, pensamiento, etc., etc., etc.

— Todo eso me huele a relato de ciencia ficción. Miriam puede estar escribiendo, algo de eso.

—¡No Dan! Es cierto. Me enseñó dos cristales tallados muy raros. Sujetó uno con la mano derecha y otro con la izquierda. Me dijo que estaba practicando con ellos. Eran muy singulares, sin pulir, con lados cóncavos, rectos, estriados y de todas formas.

»Estaba eufórica y me dijo que al hacer coincidir aquellos cristales, convertía la energía luminosa en lo que quisiera. Añadió, sin embargo, que aún no los dominaba bien, dado que Khan estaba muy ocupado para dictarle las tablas de «coincidencia».

— ¿Y te hizo alguna demostración?

— Sí. Me dijo que era capaz de convertir un metal en otro cualquiera, proyectando un débil rayo de luz sobre el objeto. Y eligió una cucharilla de acero inoxidable.

»— Mira esta cucharita, Arthur — me dijo Miriam—. ¿La ves bien?

»— Sí — dije.

»— Es de acero, ¿verdad?

»— Desde luego — afirmé.

»— Pues ahora verás lo que hace con ella la luz de estos cristales — dijo,

sonriente y manejando los dos vidrios de suerte que uno recibía la luz del sol y otro la «transmitía» a la cucharilla.

»¡Y aquí tienes la cucharilla, incluso con el grabado del salón de té donde estuvimos!

Al decir, con gesto triunfal, Arthur Klein sacó del bolsillo de su chaqueta un objeto reluciente y lo echó ante Crawny, quien lo tomó como una serpiente hambrienta atacaría a su confiada víctima.

Después de examinar la cucharilla dorada durante unos minutes. Dan Crawny se levantó y fue a un cajón de la estantería, lo abrió y tomó una pequeña lima de acero, con la que atacó rápidamente el metal.

— No cabe duda, Arthur. ¿Y esto era antes una cucharilla de acero?

— Lo que te estoy diciendo.

—¿Y qué más?

— Me regaló la cuchara y se fue. Intenté seguirla, pero me contestó que la dejase en paz, de lo contrario llamaría a un guardia.

— Bueno. No sé qué creer de todo esto. Pero pienso que vale la pena hacer una investigación a fondo. Llamaré a Green. Hay que indagar en torno a esas personas.

— Glekkins conoce a Green.

— No importa. Esa gente tiene que dormir. Y Green es un especialista en información de «madrugada».

* * *

— El profesor Smith ha quedado muy consternado el recibir mi visita — dijo Khan a Miriam.

Estaban los dos solos en la sala que les servía de estudio de grabación. Era de noche y el ruido de la ciudad se había apagado notablemente en el exterior.

Como hacía calor, Khan había abierto las ventanas.

— ¿A qué se dedica el doctor Smith?

— Es matemático. Está realizando un estudio para la «Lookhead Co.» acerca del cálculo de resistencia nuclear de los metales ligeros sometidos al vacío. Hay varios científicos dedicados a esa tarea. Se busca una fórmula asequible para la creación de motores atómicos a reacción.

— No entiendo una palabra — confesó Miriam.

— No importa. Pero esas fórmulas ya fueron estudiadas en Gravgen, hace veinte mil años.

—¿Gravgen? ¿Qué es? ¿Un planeta?

— No. Yo no he salido jamás de la Tierra. Era una población de sabios, ubicadas en lo que hoy es el fondo del Atlántico. Todo aquel continente se hundió, a consecuencia de la caída de un «selenoide», o Luna menor que la actual, que nuestro planeta había atraído.

»Se produjeron grandes cambios en la estructura de la Tierra. Se invirtió,

incluso, el polo magnético, y el Sol, que salía por el oeste, apareció desde entonces por el este.

»Yo les predije el cataclismo. Pero no quisieron creerme. Algunos sabios trataron de demostrar que no iba a ocurrir nada, y no me hicieron caso. Yo era para ellos un extranjero desconocido y extravagante.

»Tuve que huir a mi lejano refugio del Tibet. Yo sabía que en aquel lugar estaría seguro. Conozco la configuración interior de aquellas antiquísimas montañas. Claro que entonces ni eran tan altas, ni estaban cubiertas de nieve.

»El cataclismo se produjo. Y las consecuencias fueron terribles. La Humanidad retrocedió de nuevo casi a la Prehistoria. Se perdió la ciencia y los escasos supervivientes tuvieron que luchar denodadamente para sobrevivir en condiciones terribles.

— ¡Ha debido pasar usted situaciones angustiosas! — exclamó Miriam.

— No, muy pocas. Mu-Wu me había dicho que yo sobreviviría — todos los cataclismos. Además, el conocer el futuro me favorecía. Si luché contra los «hiks», para conservar el imperio egipcio, fue porque sabía que las lanzas no podían matarme.

«Durante la II Guerra Mundial estuve en Berlín. Las bombas me molestaron bastante durante días. Pero no me alcanzó ninguna de lleno. Sentí curiosidad por saber si mi cráneo podía resistir un impacto de T.N.T. encerrado en una cápsula metálica de mil libras.

— ¿Y se metió usted en aquel infierno para comprobar eso?

— No exactamente, pequeña. Ya sabía que mi vida estaba fuera de peligro. Pero no quería que se perdieran valiosos documentos científicos que pueden llevarnos algún día a las estrellas.

«Aunque ellos no lo sepan jamás, porque actúe indirectamente, como es mi costumbre, salvé la vida a muchos sabios alemanes, para que pudieran seguir trabajando en sus proyectos sobre proyectiles balísticos y cohetes.

— Comprendo — asintió Miriam.

— El señor von Braun no sabrá jamás, y aunque lo sepa no lo podrá creer, que desvié el curso de una bomba dirigida contra su persona, y de cuya explosión no se habría salvado.

«También salvé la vida a Einstein, de un atentado que quisieron hacerle, aquí, en América, unos fanáticos nazis.

«¡Ah, pequeña, mi vida está llena de anécdotas! Pero creo que ya hemos charlado bastante y debe estar cansada. ¿Por qué no se ha ido con Patrick al cine?

— Quería trabajar, ya se lo dije. Tengo muchas cosas que poner en orden para mañana.

— Es mejor que descanse. Yo también me retiraré. Aunque no duermo nada en absoluto, necesito concentrarme. A veces me aíslo totalmente de todo. Ése es un secreto que me debe usted guardar. Llego a tal grado de concentración, que me aíslo hasta de mí mismo. Si quisieran robarme en esos momentos, lo conseguirían fácilmente.

— ¿Le han robado alguna vez?

— Sí, muchas. Dinero, cosas, papeles. Claro que cuando algo me interesa, lo recupero pronto, y si no, lo reproduzco.

— Usted podría aliviar muchas calamidades de la Humanidad. ¿Por qué no lo ha hecho?

— He hecho cuanto he podido. Pero la Humanidad crece constantemente. Y ya he dicho que no soy Dios, sino un siervo de Mu-Wu. El fondo de todo esto me es desconocido. Son leyes naturales que yo no puedo modificar.

— Pero podía usted enviar alimento a los pueblos hambrientos.

— No. El hambre es un estímulo de la Humanidad, agudiza el ingenio. El fuerte sobrevive, por preselección. El débil sucumbe. Si la Humanidad tuviese, sin esfuerzo, todo lo que necesita para vivir, haría miles de años que no quedaría un ser sobre la faz de la Tierra. Es así, no lo dude.

* * *

El hombre se deslizó como una sombra por el pasillo. Al llegar ante la puerta de entrada a la «suite» ocupada por Khan y su equipo, se agachó, como para atarse el cordón del zapato.

El pasillo estaba desierto.

El individuo extrajo del bolsillo de la chaqueta una pequeña caja metálica, provista de una delgada antena telescópica, la cual hizo pasar por debajo de la puerta. Luego, escuchó atentamente sobre la rejilla de la caja.

Acto seguido, el sujeto retiró la antena, se levantó y se lo guardó en el bolsillo, para ahora sacar un objeto flexible que introdujo en la cerradura. Una vuelta fue suficiente para franquearle el paso.

Entró en el recibidor a oscuras y se caló unas gafas extrañas, que sacó de un bolsillo interior, junto con una pequeñísima linterna de rayos infrarrojos.

La luz infrarroja es invisible para el ojo humano. Pero el hombre podía ver a través de las gafas, e incluso tomar fotografías con una cámara provista de objetivo similar al cristal de las gafas.

Así equipado, el individuo se acercó a la puerta que comunicaba con la oficina de Katty Bryan y sus compañeras, cuya puerta abrió silenciosamente.

Una vez dentro, el individuo se acercó a la mesa. La lámpara de luz invisible mostró varios papeles dejados allí por las mecanógrafas. En la oscuridad, con una pequeña cámara de filmar, provista de película ultrasensible, copió los papeles con rapidez.

Luego, el hombre repitió la misma operación en las otras mesas, para pasar a continuación a la oficina contigua, donde estuvo unos minutos fotografiando objetos, papeles y documentos. También impresionó casi una bobina, puesta en el magnetoscopio, cuya imagen pasó ante el objetivo de la pequeña cámara espía.

Por último, del bolso de Miriam, dejado sobre una butaca, las manos

enguantadas del individuo extrajeron dos cristales tallados y sin pulir, al parecer, los cuales fueron a parar a su bolsillo.

Después de hecho esto, el individuo abandonó la estancia, cruzando hacia la salida, mientras se guardaba en los bolsillos todos los objetos empleados en su tarea de espionaje.

Pero cuando abría la puerta, para salir al pasillo iluminado, alguien apareció ante él, inesperadamente.

Era Patrick Glekkins, que regresaba de su salida nocturna.

Y lo que menos esperaba Patrick era ver aparecer un intruso. Por esto, quedó sorprendido al ver abrirse la puerta, cuando él iba a introducir la llave en la cerradura.

El espía actuó con más rapidez que Patrick: embistió con la cabeza agachada, contra el estómago del ex agente del F.B.I. Sorprendido, Patrick boqueó y salió despedido hacia atrás, mientras el otro trataba de escabullirse.

Pero el agente reaccionó con prontitud, lanzándose en plancha hacia los pies del intruso y consiguió agarrarle. Ambos cayeron violentamente al suelo.

Y cuando Patrick se disponía a lanzar su demoledor puño derecho contra el intruso, éste le apuntó con un objeto extraño y disparó un chorro de humo blanco a su rostro.

Patrick inhaló aquel humo, jadeó, cerró los ojos y trató de taparse la boca y la nariz. Pero fue demasiado tarde. Aturdido, se desplomó sobre la alfombra, mientras su adversario se ponía en pie y escapaba, tras quitarse las gafas que le habían ocultado el rostro.

Poco después, un camarero del turno de noche encontraba a Patrick tendido en el suelo, y la puerta abierta del apartamento del señor Khan.

Dada la alarma, acudieron otros empleados, introdujeron a Patrick en el recibidor y llamaron a un médico.

Miriam también se levantó, envuelta en una ligera bata. Y a requerimiento suyo, salió también Khan de su aposento, donde había estado, a oscuras, concentrado en su habitual posición yoga de meditación absoluta.

Miriam tuvo que sacudir violentamente a Khan para hacerle volver a la realidad. Khan vestía un pijama oscuro, de tela elástica y una especie de kimono chino, que solía llevar en la intimidad.

El médico requerido por los empleados del hotel no había llegado aún. Fue Khan quien dijo, sin examinar siquiera a Patrick:

— Está sin sentido. Denle un poco de agua únicamente.

Jack Pearson, que también había salido de su habitación, trajo rápidamente un vaso de agua y alzó la cabeza del inconsciente Patrick, tratando de darle de beber.

—Tápele la nariz, Jack. Así beberá el agua —indicó Khan.

Efectivamente, Patrick ingirió el agua y su recuperación fue casi instantánea.

— Sé lo que ha ocurrido —dijo Khan—. Sorprendió usted a un intruso aquí.

— Sí. Yo regresaba. Me disponía a introducir la llave en su cerradura, se abrió y apareció él. Entonces me atacó. Luchamos, pero me disparó un humo blanco al rostro.

— Vapor de opio, mezclado con éter y «alure» indio. Conozco la fórmula. El sopor es instantáneo. Se necesitan varias horas para recuperarse. Yo he influido, junto con el agua. ¿Verdad que se siente ya bien, Patrick?

— Sí... Lo siento, señor Khan.

— No lo sienta tanto y muévase. El hombre que ha penetrado aquí se llama Donald Green y trabaja para un sujeto llamado Dan Crawny. Están esperando a Green, en una oficina de la calle 42 Este... Sí, el número 86, piso quinto... Hay otro tipo allí, al que ya conozco. Se llama Arthur Klein.

Miriam quedó anonadada.

— ¡Conozco a esa gentuza! —exclamó Patrick—. ¡Yo me encargo de ellos ahora mismo! ¿Vienes conmigo, Jack?

— Sí, voy en seguida. Me visto en un santiamén.

— Debe usted recuperar los cristales de conjunción luminosa, Patrick. Miriam fue tan imprudente que convirtió en oro una cucharilla de acero inoxidable, en presencia de Arthur Klein... ¡No te culpo, pequeña! No te aflijas. Patrick lo arreglará todo.

Capítulo VI

Donald Green, al salir del «Sheraton Hotel», montó en un coche que le esperaba en una esquina próxima, y ante cuyo volante se encontraba un nervioso Arthur Klein.

—¡Aprisa, vamos al despacho de Dan! ¡He tenido un tropiezo! —declaró nerviosamente.

Klein puso el coche en marcha y pronto volaba por el centro de la ciudad.

— ¿Qué te ha ocurrido?

— Tropecé con un tipo... ¡Alguien a quien conozco de algo!

— ¿No será Pat Glekkins, el que expulsaron del F.B.I.?

— ¡El mismo! ¡Ahora caigo! —exclamó Green, dándose una palmada en la frente.

— Debí advertirte.

— Por poco me agarra. Suerte que siempre voy prevenido, y me libré de él.

— ¿Qué has encontrado?

— Muchas cosas. Llevo material para estudiar unos días.

— ¿Y los cristales?

— Aquí —contestó Green, golpeándose el bolsillo —. ¿Y dices que eso puede hacer oro? ¡Me resulta muy difícil creerlo!

— ¡Lo he visto con mis propios ojos!

— Yo no lo creo, ni aunque lo vea. De no haber sido por Dan, no me habría metido en ésto. Hace años dejé el espionaje industrial y no hubiese vuelto.

— ¿Por qué lo has hecho? —preguntó Klein.

— Eso es asunto de Dan y mío — replicó Green desabridamente.

Continuaron la marcha sin hablar, hasta que Klein detuvo el vehículo en la puerta de un garaje. Un empleado se acercó a ellos.

— Guarda el coche, Sam. No sé si lo necesitaré esta noche —dijo Arthur Klein, saliendo del vehículo.

— Muy bien —contestó el hombre en tono jovial.

Acompañado de Green, Klein se dirigió a una puerta interior, donde había un ascensor. Entraron en la cabina y subieron hasta el piso quinto, donde salieron a un pasillo al que se abrían varias puertas de oficinas.

El ruido del ascensor hizo que se abriera una de las puertas. Dan Crawny, en mangas de camisa, apareció en el umbral. Sonrió al ver llegar a sus compañeros.

— Hola. ¿Todo bien, Green?

— Sí. Aunque debiste decirme que Glekkins estaba allí.

Crawny y Klein se miraron. Luego, entraron todos en la oficina y cerraron la puerta a su espalda.

— Tomé más de cien metros de cinta. Aquí la tienes —dijo Green, sacando la diminuta máquina de filmar del bolsillo—. Todo fue bien hasta que

me dispuse a salir. En el pasillo me tropecé con Glekkins. Por suerte, fui más rápido que él. Le eché gas blanco a la cara y me escabullí.

—¿Y los cristales? —preguntó Crawny.

— Aquí están. Son tuyos. Si esto es capaz de hacer oro, me como los zapatos.

Klein los tomó con avidez, examinándolos de cerca.

— Sí, es esto. Lo que ignoro es cómo se mueven.

— Si Miriam estuvo estudiándolos, tal vez haya tomado notas. He fotografiado infinidad de cuartillas. Cuando hayáis revelado la cinta, tal vez tengáis la solución. Ahora, si me das el sobre, me marcho.

— No tengas tanta prisa, Donald. Vamos a tomar una copa. Puede que te necesitemos otra vez.

—¡No me necesitarás más, Dan! —replicó Green—. Y no me habría metido en esto, de saber que Glekkins estaba allí. Dame el sobre con los clisés y me largo.

—¿No quieres esperar a ver qué resulta de todo esto? Puede ser un asunto importante.

— No, no me interesa. Dame el sobre.

— Está bien, Donald. Lo prometido es deuda. Créeme que te echaré de menos — dijo Dan Crawny, volviéndose para acercarse a una estantería de libros.

Tocó un resorte, y parte de la estantería se descorrió, dejando ver la puerta metálica de una pequeña caja fuerte, sobre cuyos discos manipuló unos instantes. Abrió la puerta, tomó un sobre que había en su interior, y, cuando iba a cerrar la caja, Arthur Klein emitió un grito.

Crawny se volvió en redondo, viendo que Donald

Green le encañonaba con una pistola provista de silenciador.

— Échate a un lado, Dan. No quiero hacerte daño — musitó Green.

— No, escucha, Donald... He jugado limpio contigo.

— ¿Sí, eh? Sé cómo juegas limpio con todos. Dame el sobre, Dan Y tú, sicario, ponte al lado de tu jefe. Deja esos cristales sobre la mesa... Así.

Durante una fracción de segundo, Donald Green había descuidado a Crawny. Y fue este tiempo suficiente para que el reportero chantajista se agachase, agarrase la alfombra y tirara de ella.

Donald Green aguantó firmemente, sin caer. Y de su pistola surgieron dos sordos taponazos.

Crawny se estremeció, emitió un jadeo y luego se desplomó pesadamente. Mientras, Arthur Klein, desesperado, se lanzaba hacia la puerta, para buscar la salvación en la huida.

Pero Green no tuvo piedad de ninguno. Disparó dos veces más, sobre la espalda de Klein. Un grito desgarrador se escapó de la garganta de éste. Sus manos quisieron aferrarse en la puerta, pero los dedos resbalaron lentamente.

— ¿Qué esperabais de mí, canallas? —rezongó el asesino, una vez ejecutado su doble homicidio—. Tenía que ser así... ¡Tú te lo has buscado,

Dan!

Donald Green, con movimientos pausados, se inclinó sobre Crawny, tomó el sobre que el muerto había sacado de la caja y lo abrió, examinando despacio su contenido. Luego, se lo guardó en el bolsillo. También tomó un fajo de billetes de la caja abierta. Por último, recogió los cristales y la cámara de filmar, que había dejado sobre la mesa, y se los volvió a guardar.

— Tal vez me sirva de algo —murmuró.

Acto seguido se dirigió hacia la puerta, tiró del cuerpo de Klein, que interceptaba el paso, y salió, tras haber apagado la luz.

Cuando se acercó al ascensor, vio la luz indicadora de que la cabina, subía, posiblemente ocupada. Esto le hizo marcharse de allí rápidamente y dirigirse a la escalera, donde se detuvo.

Efectivamente, el ascensor se paró en el quinto piso y de él salieron dos hombres. Green reconoció inmediatamente a Patrick Glekkins, el cual dijo a su compañero:

— Debe ser una de estas oficinas. Miraremos los nombres.

Donald Green se escabulló escaleras abajo, rápida y silenciosamente. Descendió velozmente hasta la planta y salió a la calle por una puerta contigua al garaje. Una vez allí, se alejó a buen paso, doblando la esquina.

Allí se detuvo al ver una cabina telefónica. Una idea malévola acudió a su mente.

Se metió en la cabina, cerró la puerta e introdujo una moneda en la ranura del microteléfono. Entonces marcó un número:

— ¿Policía? Vayan rápidamente a la calle 42 Este, número 86... Sí, han matado a dos hombres... No, lo siento.

Green colgó el auricular, salió de la cabina y se alejó a toda prisa de allí. Una sonrisa maléfica flotaba en sus labios.

* * *

La puerta del despacho del teniente Larkan se abrió y apareció un hombre, al que Glekkins reconoció en el acto: era el capitán Simmons, del Departamento Federal de Investigación.

— Hola, Pat — saludó el recién llegado —. Hola, Larkan. Desde luego, éstas no son horas de levantar a un hombre honrado de la cama. ¿Qué ocurre? ¿Hay café aquí para mí?

— Sí, capitán — se apresuró a decir Larkan, abriendo un armarito para sacar una taza y un plato—. Sírvase usted mismo.

El capitán pareció no escuchar al teniente de la policía metropolitana. Estaba mirando a Patrick, quien había bajado la vista, mirándose las manos esposadas.

— Doble asesinato, capitán.

— ¿Quiénes son las víctimas?

— Dan Crawny y Arthur Klein, dos periodistas de la peor...

— ¡Debí suponerlo! —exclamó el capitán Simmons—. Se las tenías jurada a Crawny, ¿eh? ¡La venganza es muy mala consejera, Pat!

— ¡Vete al diablo, Torn! —rugió Patrick—. ¡Yo no los he matado! ¡Te lo juro! ¡Debías saber que soy incapaz de hacer eso!

Simmons arqueó las cejas y miró a Larkan.

— Recibimos una llamada anónima. Acudimos rápidamente a la oficina de Crawny y encontramos a éste allí, removiéndolo todo. Parece que otro tipo había ido con él, pero escapó poco antes de llegar nosotros. Nos lo dijo el empleado del garaje.

— ¿Quién mató a Crawny, Pat? —preguntó Simmons.

— Donald Green, supongo. Yo iba buscándolo a él.

— Efectivamente, un hombre subió a las dos, acompañado de Arthur Klein —aclaró Larkan.

— Green debió matar a Klein y Crawny. Luego, escapó antes de llegar yo. Debió ser él quien avisó a la policía.

—¿Para qué buscabas a Green, Pat?

— Asunto personal.

—¿Quién era el hombre que te acompañaba?

— Tampoco puedo decirlo.

— Eso no te ayuda mucho, Pat... ¿Por qué le tiene esposado, Larkan? Quítele los «hierros».

El teniente Larkan se mordió los labios. Luego, sacó una llave del bolsillo y liberó a Patrick, que se frotó las muñecas.

— No gozo de buena reputación —dijo Patrick.

— ¿Cómo va tu trabajo en la «Inter»?

— Bien. Me defiendo.

Tom Simmons acercó una silla a su ex compañero y sacó un paquete de cigarrillos, ofreciéndoselo a Patrick.

— Fuma, Pat.

— Gracias, Torn.

— Le he llamado porque, pese a todo, sé que usted era amigo de él —aclaró el teniente Larkan.

— ¿Puede dejarnos solos, teniente? —pidió Simmons.

— Sí, desde luego.

Cuando Larkan salía, Simmons añadió:

— ¿No hay micrófonos ocultos aquí?

Larkan sonrió y dijo:

— No, aquí no.

— Gracias.

Cuando el teniente de la policía metropolitana hubo salido y cerrado la puerta, Tom Simmons puso una mano sobre el hombro de Patrick y dijo en tono paternal:

— Cuéntamelo todo, Pat. Te ayudaré. Se lo he prometido a Jenny.

— ¿Cómo está? Debí ir a verla. Pero ya sabes. Casi prefiero olvidarlo

todo.

— Jenny te quiere mucho, Pat. Debía estar celoso.

Patrick sonrió.

— No lo estés. Jenny es como una hermana mayor para mí.

— Lo sé. Ahora, desembucha.

— Como no puedo contártelo todo, prefiero más no decirte nada, Torn. Así quedaré mejor. Los hechos son los siguientes: Donald Green debía tener algo con Crawny y esa rata de Klein. Hoy les ajustó las cuentas a los dos. Encontré la caja fuerte de Crawny abierta. Es evidente que se llevó algo.

— ¿Qué fuiste a hacer allí?

— Buscaba a Green.

— ¿Para qué?

— Para recuperar algo de un cliente.

— ¿Todavía anda Green metido en esos líos?

— Sí.

— Tenía un bar en Greenwich Village.

— Lo sé. Larkan ha llamado y le han dicho que Green no se ha movido en toda la noche de allí. Tiene buenos amigos.

— No lo siento por él, ni por Crawny, sino por ti, Pat. Si no aclaras lo que estabas haciendo allí, Larkan no te dejará ir. ¿Qué pruebas hay contra ti? ¿Y el arma?

— No hay arma. Larkan piensa que se la llevó el hombre que iba conmigo.

— ¿Quién es?

— Un buen chico.

— Nombre.

Patrick no respondió, inhalando una bocanada de humo de su cigarrillo.

— ¿En qué estás metido?

— Aunque pudiera decírtelo, no ibas a creerlo.

— Mi capacidad de comprensión ha aumentado mucho en los últimos meses, Patrick Glekkins —dijo Simmons, poniéndose en pie—. Y si eso es todo lo que tienes que decirme, lo siento. Nada puedo hacer por ti. De veras me gustaría... ¡Eh! ¡Pat!

Simmons dio un salto atrás, aterrado.

¡Ante sus propios ojos, Patrick se había volatilizado!

Como un rayo, el capitán del F.B.I. saltó hacia la puerta, gritando:

— ¡Larkan, venga acá!

El teniente, que esperaba en la oficina exterior, sobrecogido, se acercó. La expresión de Simmons era elocuente.

— ¿Qué...?

— ¡Por mil rayos...! ¡Se ha evaporado!

— ¡No!

— ¡Compruébelo!

Larkan irrumpió en su propia oficina y miró en todas direcciones. No

había más salida que aquélla. Pero examinó los armarios, el archivo y hasta los cajones de la mesa, como si creyera que alguien podía haberse refugiado allí.

— ¿Cómo...?

— ¡Eso no puede ser! —gritó Simmons, fuera de sí—. ¡Ordene cerrar todas las puertas, pronto! ¿Qué diablos son estos?

La alarma fue dada en el cuartel general de la Policía, pero no se logró nada. Registraron todas las dependencias, sin éxito. Y la más viva consternación se extendió a todos los agentes cuando supieron cómo el detenido había desaparecido ante los ojos del capitán Simmons.

Luego, se impuso la sensatez. Se dio orden de no decir nada de lo ocurrido y buscar inmediatamente a Patrick Glekkins por toda la ciudad.

* * *

Patrick se encontraba en las habitaciones del señor Khan, en el «Sheraton».

— ¿Se da cuenta de lo que ha hecho, señor Khan? — estaba preguntando el ex agente del F.B.I.

— Sí, naturalmente. Tenía que sacarte de allí. A buen seguro le hubieras contado a tu amigo Simmons lo que ocurre.

— No lo habría hecho jamás —replicó Patrick, con dignidad.

— Pues no te habrían dejado ir.

—¡En menudo lío nos hemos metido! ¿Sabe usted lo que tardarán en encontrarme?

— Todo el tiempo que yo quiera —replicó Khan, tranquilamente.

Allí estaban también Jack Pearson y Miriam Herzl, todos con expresión preocupada.

— Buena la ha armado ese Green, al matar a Crawny y Klein. ¿Dónde está ese tipo?

— Ha salido de la ciudad. Me resulta difícil localizarle, porque no tengo referencia mental suya. Hay demasiados cerebros en esta ciudad —confesó Khan.

— Entonces, ¿cómo sabe que ha salido de Nueva York?

— Mi penetración psíquica me lo indica. Yo estoy siguiendo el rastro de los cristales de coincidencia luminosa. Eso es muy difícil, porque no emiten ondas de ningún tipo. Pero sé que se alejan de mí a buena marcha. Es probable que Green haya tomado un avión.

—¿Y qué puede hacer con esos cristales, si no sabe cómo utilizarlos? —preguntó Miriam.

— Ese individuo ha tomado copia fotográfica de todos los papeles que teníamos sobre las mesas. Y las tablas de coincidencia luminosa están ahí.

— ¡Oh! —exclamó Miriam, sobrecogida.

— No hay que preocuparse demasiado —añadió Khan—. De todas formas, pronto vamos a tener la ayuda del F.B.I.

— ¿Qué quiere usted decir? —inquirió Patrick.

— Es lógico. A la policía no se le puede quitar un hombre, por medios que ellos no comprenden. Lo he hecho, con esa intención. El capitán Simmons está hablando con un empleado de la «Inter Security Agency»... Y pronto se pondrá en camino hacia aquí. No hay que preocuparse. Controlo la situación. Además, lo que ocurra te beneficiará, Patrick.

— ¡Jamás le entenderé a usted, señor Khan! — masculló Patrick.

— También es lógico. Yo no soy como vosotros —Khan se pasó la mano por el rostro y entornó los ojos—. No consigo localizar a Green. Antes lo hice, por mediación de Arthur Klein y Dan Crawny. Pero ahora que éstos han muerto, Green se me escapa. Si hubiese tenido algún contacto mental con él...

— ¿Está seguro que ha salido de la ciudad? Tengo entendido que está en un bar de Greenwich Village.

— No. Allí hay un sujeto, muy parecido a él — replicó Khan—. Es una especie de sosias, que ese sujeto ha utilizado en varias ocasiones, cuando ha necesitado una coartada. Se lo explicaré al capitán Simmons, que ya viene para acá. Lo tendremos con nosotros dentro de unos momentos. Será mejor que me dejen solo con él. Usted le abrirá la puerta. Jack.

— Sí, señor Khan.

Patrick y Miriam se retiraron. Efectivamente, diez minutos después sonó el timbre.

Era el capitán Tom Simmons, del «Federal Bureau of Investigation».

Capítulo VII

— ¿Quiere usted repetir eso?

— Con mucho gusto, capitán Simmons.

Khan entornó los ojos... ¡Y de nuevo, el capitán Simmons se encontró en la oficina de Dan Crawny, en el instante mismo de producirse el doble crimen!

Presenció la escena desde un rincón de la estancia. Vio perfectamente a Crawny, agachándose para tratar de derribar a Green tirando la alfombra. Vio y oyó los estampidos del arma provista de silenciador. Y vio también a Arthur Klein intentar huir hacia la puerta, donde fue alcanzado por los disparos.

También vio a Donald Green recoger el sobre, los cristales y la pequeña máquina de filmar que estaban sobre la mesa.

Y, por segunda vez, se encontró hablando ante Khan.

— ¡Es increíble! ¡He creído estar allí!

— No lo ha creído. Ha estado usted, capitán. Naturalmente, ellos no podían verle. Yo he invertido él tiempo. Usted no podía encontrarse en dos sitios al mismo tiempo, porque eso no es posible. Es ahora, en este preciso instante, cuando ha estado usted allí, y no aquí.

— Pero... ¡eso no es posible, desde ningún punto de vista!

— Usted no lo entiende, ni creo que logre entenderlo jamás, capitán Simmons. Yo, en cambio, lo encuentro muy natural. La explicación está en la inversión de tiempo... ¡Ha vuelto usted atrás, ha ido a otro momento!

»Yo le he llevado al instante en que sucedieron los hechos. Y como en ese momento se encontraba usted en su casa, no podía estar allí. De haber estado «realmente», habría podido intervenir. Cuando se retrocede o se avanza en el tiempo, nadie puede intervenir, porque ello modificaría el antecedente o el consecuente histórico de los hechos.

— ¡Eso es magia, señor Khan! —exclamó Tom Simmons.

— No lo crea, al menos en el sentido que usted le da. Es ciencia pura. Metafísica aplicada. La magia tiene entre los hombres modernos un sentido de ocultismo, de secreto o fenómeno explicable. La metafísica se encuentra más allá de la física.

— ¿Y la desaparición de Patrick?

— Muy simple. Transmutación de materia por medio de teleportación mental.

— ¡Que me parta un rayo! ¿Dónde está Patrick?

— Aquí. En la habitación contigua.

— Quiero verle.

Khan se levantó de su asiento, fue hacia la puerta, pero no llegó a abrirla. Se abrió empujada por la mano de Patrick, quien apareció en el umbral.

— Hola, Tom. Lo he estado escuchando todo.

— Era fácil averiguar que estabas aquí — dijo Simmons —. Pero no esperaba saber lo que estoy sabiendo... ¡Todo esto es increíble!

— Por eso no podía decírtelo, Tom. No me hubieses creído y habría sido

peor.

— Siéntate, Patrick. El capitán Simmons nos ayudará en la localización de Donald Green.

— Debo informar de todo esto a mi Departamento, señor Khan — dijo Simmons.

— No, todavía no. Habrá usted de esperar un poco. Yo me iré pronto de Nueva York. Luego, podrá informar usted. Es más, me interesa que lo haga.

—¿Qué es lo que se propone usted?

— Muy sencillo. Ayudar a la ciencia. Aquí, en los Estados Unidos, va a construirse un motor fotónico. Me interesa extraordinariamente que su realización no se malogre.

—¡Es lo más inaudito que he escuchado jamás! Nuestra misión es impedir que nadie se apodere de fórmulas secretas. En cambio, usted parece pretender todo lo contrario.

— Sí, efectivamente. Quiero que nada pueda impedir la marcha del progreso. Para el próximo día once, tengo varias conferencias dispuestas. Debo darlas. Los científicos acudirán, porque los programas que he anunciado son interesantes. De esas conferencias se obtendrán grandes avances para la ciencia.

»Luego, los científicos más importantes de todo el mundo se reunirán e intercambiarán impresiones. Ya conocerán todos mi historia, gracias a la labor que estamos realizando aquí.

»Las pruebas serán convincentes. Las fórmulas que daré se consultarán y la Humanidad se beneficiará de un enorme avance científico, el cual permitirá al hombre viajar a las estrellas, del mismo modo que hoy lo hace por el aire.

»Ése es mi objetivo primordial. Sé que ahora voy a conseguir mi propósito.

— Desde luego, cuente usted con mi ayuda incondicional, señor Khan — dijo Simmons.

— Gracias, aunque estoy leyendo sus pensamientos capitán.

Simmons se ruborizó y Khan siguió diciendo:

— Usted informará a sus superiores cuando yo le autorice. No quiero verme obligado a «borrar» de su mente todo cuanto hemos hablado aquí.

— ¿Y después? —quiso saber Patrick.

Khan sonrió.

— No quieras saber tanto, Patrick. Ayuda al capitán Simmons a recuperar los cristales de coincidencia que regalé a Miriam. Si supiera dónde se encuentran, les ayudaría. Sin embargo, sé que todavía se van alejando de aquí. Cada vez los «siento» más distantes. Creo que viajan en un avión.

— Eso puede ser una pista. Con la fotografía de Donald Green, podemos

averiguar algo en los aeropuertos.

— Sí. Buscaremos a Green, por asesinato — dijo Simmons.

— Yo no podré ayudarles. Necesito todo mi tiempo. Ruego, sin embargo, que me considere hombre importante para la seguridad nacional, y se vigile este apartamento por hombres del F.B.I.

— Daré también esa orden — contestó Simmons —. ¿Vamos, Patrick? Hemos de trabajar como en los buenos tiempos.

* * *

En menos de cuatro horas, una legión de detectives del F.B.I. se puso en funcionamiento. Se hizo circular la noticia de que Donald Green había obtenido una importantísima documentación secreta de la defensa nacional, por la que ya habían muerto dos individuos, por lo que era necesario capturarle antes de que pudiera salir del país.

Y, efectivamente, la primera pista obtenida en el aeropuerto John F. Kennedy demostró que el huido había tomado un avión nocturno para Miami.

Simmons, Patrick y otros agentes se pusieron inmediatamente en marcha hacia aquella ciudad de Florida, donde fueron avisadas las autoridades de la presencia del peligroso «espía».

La telefoto de Green fue recibida en el cuartel general de la Policía de Miami, y pronto todos los agentes de servicio disponían de un ejemplar, con una serie de datos referentes a Green, que delataban el sumo interés del F.B.I. por el reclamado.

Esta búsqueda masiva hizo que alguien viese un posible negocio en el asunto. Un famoso «racketter» de la ciudad, vinculado con el turismo, el juego, el contrabando de drogas, el hampa y otros negocios, recibió también la foto de Green, que le fue facilitada por un agente poco fiel.

Phil Ambrose, el mencionado «racketter», conocía a Donald Green, el cual había trabajado para él en Varias ocasiones. Y, además, sabía dónde se encontraba. Una llamada telefónica a cierto apartamento de la ciudad le puso en contacto con Green.

— Soy Ambrose —dijo el jefe—. Tienes a toda la policía del país buscándote. No te muevas de ahí. Voy a enviarte a mis chicos para que te pongan a salvo. Luego hablaremos tú y yo. Nada más.

Ambrose dio las pertinentes órdenes, y antes de que la policía pudiera localizar a Donald Green, éste fue sacado de su refugio y conducido, en un furgón, hasta un embarcadero privado, donde le esperaba un yate, que le llevó hacia Kay West.

Aquel mismo día, en una avioneta particular, Ambrose abandonaba también Miami y se trasladaba a la islita donde se había refugiado Green. El encuentro de los dos hombres fue poco cordial.

Phil Ambrose llegó, acompañado de dos sabuesos carilargos, que se sumaron a los que ya daban escolta a Green. El encuentro se celebró en un

elegante salón de la finca situada junto al mar.

— ¿Qué tal, Donald?

— Hola, señor Ambrose. Gracias por su ayuda. Puede estar seguro de que le pagaré bien este servicio.

— Estoy seguro, Donald. Sé que has hecho algo importante. Y me conoces bien. En los negocios importantes quiero el cincuenta por ciento.

Donald sonrió.

— En este negocio no hay dinero por medio, Ambrose.

—¿No? Siempre hay dinero por medio, de un modo u otro. ¿De qué se trata? ¿Espionaje internacional? Eso se paga bien. Tú no eres tonto y has debido conseguir un buen bocado.

— Lo que he hecho ha sido quitarme un peso de encima. Un tipo de Nueva York me tenía bien agarrado. Fue una jugarreta sucia que me hicieron, hace un año, cuando trabajaba en la obtención de un diseño industrial. El que iba conmigo no jugó limpio y las copias se las vendió a dos jefes. Uno de ellos era Dan Crawny, el periodista más rastrero que ha existido.

— Tengo referencias suyas. Pero por liquidar ratas no se lanzarían todos los del F.B.I. sobre ti. Debe haber algo más.

— Tal vez sea esto —dijo Green—. Según me dijo Crawny, con estos cristales el acero inoxidable se convierte en oro.

Phil Ambrose sonrió, mostrando algunas piezas brillantes en su prótesis dental.

— ¡Muy gracioso! ¿Qué más? ¿Una fórmula infalible para ganar en la ruleta?

— Crawny tenía mucho interés por esto y por los papeles de cierto sujeto tibetano que se aloja en el Sheraton Hotel. Recogí todo lo que pude y lo tengo filmado en la «Lens-Optik». Lo he traído conmigo. Podemos revelarlo. Tal vez resulte interesante.

Mientras hablaba, Donald Green sacó del bolsillo la pequeña cámara de filmar y se la mostró a Ambrose.

— Bueno. Revelaremos eso. Dámelo. Mientras, te quedarás aquí. Pero ya lo sabes, ropas de turista, caña de pescar, reposo y calma. Yo te avisaré de lo que ocurra.

— ¿Es éste un lugar seguro?

— Nadie te molestará. Ésta es la finca de un importante hombre de negocios, bajo cuyo nombre opero yo. Serás invitado mío. Pitt y Sullivan te harán compañía. Pero no me llaméis. Ya vendré yo por aquí, o enviaré a alguien.

Ambrose se volvió a uno de sus guardaespaldas y le dio la cámara de filmar.

— Guarda esto, Archie.

Ambrose se quedó con los cristales de coincidencia en la mano, dándoles vueltas.

— Son curiosos, ¿eh?

— Sí.

— Arthur Klein me dijo que una chica de Nueva York, enfocando luz a través de alguno de estos prismas, logró convertir en oro una cucharilla de acero inoxidable. Divertido, ¿verdad?

Phil Ambrose no respondió.

Sin embargo, poco después, junto a la hidroavioneta, pensativo, como quien tiene un juego nuevo en las manos, colocó un cristal frente a otro. ¡Y, casualmente, el «receptor» luminoso lo situó frente al «emisor»!

Lo que ocurrió acto seguido dejó sobrecogidos a los tres hombres.

Y fue que las maderas del embarcadero se pusieron rojas, en un sector de medio metro de circunferencia, y empezaron a despedir un intenso humo azul.

Archie emitió un grito y Ambrose saltó atrás, con lo que cortó la incidencia de los cristales. El humo azul cesó y también las maderas dejaron de enrojecer, para adquirir rápidamente una coloración azulina y transparente.

—¡Voto a mil demonios! ¿Qué ha sido eso?

Los tres hombres se miraron. Luego, lo hicieron al suelo. A través del círculo azulado podía verse el agua, bajo el embarcadero.

—— Ha sido esto... ¡Esto! —exclamó Ambrose, arrojando los dos cristales al suelo.

Uno de ellos quedó sobre el embarcadero, pero el otro cayó al agua, desapareciendo rápidamente hacia el fondo.

Ninguno se atrevía a creer lo que habían visto. Parecía cosa de brujería. Y Phil Ambrose no era de la clase de hombres que creían en brujas. Él fue el primero en reaccionar. Se acercó a lo que antes había sido madera de roble y ahora parecía una aguamarina de medio metro de diámetro.

Se agachó, vaciló antes de tocar, y luego pasó rápidamente la yema de los dedos por los bordes.

En aquel instante, Donald Green y los otros dos «gangsters» llegaban corriendo.

— ¿Qué ha ocurrido? —preguntó Green.

— Eso quisiera saber yo — replicó Ambrose —. Pero esto no estaba antes.

— ¿Qué es?

— Vidrio azul, o algo parecido... ¡Y era de madera, voto a mil diablos! ¡Vedlo vosotros mismos! Yo tenía esos extraños cristales en la mano. No sé lo que hice y, de pronto, surgió eso, entre humo azul.

Donald Green, menos aprensivo que los otros, se arrodilló y pasó la mano sobre el objeto transparente, sintiéndolo frío y suave.

—¿Qué es esto?

— Algo que no estaba ahí y ahora está.

— Desde luego que no estaba — añadió Archie.

— Trata de arrancarlo. Green.

— Si lo golpeo, caerá al agua —respondió el aludido—. Será mejor poner la lancha debajo. Pitt, ve a buscar la lancha.

El aludido salió corriendo hacia la ensenada, donde había varada una lancha a motor. Regresó con ella, a los pocos minutos, situándola exactamente debajo del embarcadero, donde se había formado el curioso cristal azul.

Fue Donald Green quien, de un puntapié, desprendió el disco vítreo y lo hizo caer sobre la embarcación, pudiéndose comprobar entonces que era completamente redondo, y pesaba mucho más que la madera, cuyo lugar había sustituido.

Con ayuda de los otros, Pitt logró sacar el disco de la lancha y subirlo a tierra, donde lo examinaron detenidamente entre todos, haciendo cada uno distintas cábalas.

Sin embargo, el más acertado fue Phil Ambrose.

— Creo que a través de esos dos cristales debió pasar algo así como energía. Fue sólo un instante, de Jo contrario, todo el embarcadero estaría ahora como eso.

— Parece un aguamarina —observó Sullivan.

— ¡Lo que nos faltaba, que unas tablas se conviertan en aguamarina! —exclamó Archie.

— ¿Y no es así?

— De todos modos, esos cristales tienen algún misterio —terminó Ambrose—. Uno está ahí. Pero el otro ha caído al agua. Es preciso bucear y encontrarlo. De eso os encargaréis vosotros, mientras yo regreso a Miami. ¡Y no quiero que se pierda!

— Fue usted el que lo dejó caer, jefe —señaló Archie.

—¡Lo sé, estúpido! ¡Pero éstos no hacen nada aquí y deben buscarlo! No hay mucha profundidad.

— Lo buscaré — prometió Green.

— ¿Qué hacemos con esto? —preguntó Sullivan, señalando el disco vítreo.

— Guardadlo en la casa. Ahora me interesa más que nada, conocer lo que hay en la película. Vámonos.

Pocos minutos después, Ambrose y sus compañeros regresaban a Miami a bordo de la hidroavioneta.

Nada más llegar a su oficina, en el centro de la ciudad, Ambrose tuvo noticias de la intensa búsqueda en que estaba empeñada la policía local.

— Andan preguntando en todas partes —le informaron confidencialmente.

— De acuerdo. Yo no he visto a Green.

Después, el «racketter» ordenó llevar la cámara de filmar a un laboratorio de confianza, donde uno de sus hombres estuvo presente durante la operación. Al terminar, el sujeto llevó la película revelada a Ambrose. Fue preciso buscar un proyector de gran ampliación. Cuando examinaron los fotogramas, tanto Ambrose como los hombres que le acompañaban quedaron aturdidos y confusos.

— Vuelve a pasar la película, Flannagan —rogó el jefe.

El operador obedeció y de nuevo lo que vieron les dejó a todos

desasosegados e intranquilos, especialmente la secuencia obtenida a través del magnetoscopio de Miriam Herzl; quien aparecía varias veces, hablando con Khan, cuando éste mostraba a la joven objetos impresionantes.

— ¿Qué es todo esto? —preguntó uno de los hombres de confianza de Ambrose.

— Esto es un bocado demasiado grande para digerirlo nosotros —respondió Ambrose—. Y mi instinto me dice que debemos devolver esto al F.B.I. o nos veremos metidos en un lío espantoso.

— ¿Vas a devolverlo?

— No lo sé todavía. Ese sujeto, y todo lo que dicen los escritos, no son de este mundo.

— ¿Eh?

— Eso me dice el corazón... Andando, Archie; toma todo esto, haz un paquete y llévaselo a Green. Quiero que él mismo vaya a entregarse a la policía, sin rechistar. ¿Me entiendes?

— ¡Green no aceptará eso!

— ¡Pues le aplastas la cabeza y lo dejáis en la playa, donde pueda ser encontrado! ¡No quiero mezclarme en esto!

— Lo que tú digas, jefe — asintió Archie.

CAPÍTULO VIII

Green encontró el segundo cristal entre unas algas, a dos metros de profundidad, después de haber buceado provisto de una escafandra autónoma, durante más de una hora.

Tomó el objeto y subió a la superficie. Pitt y Sullivan estaban allí esperándole.

— ¿Lo has encontrado? —preguntó Pitt.

— Aquí está —exclamó Green jovialmente.

Subió al embarcadero, sobre cuyo orificio circular habían colocado los otros varias tablas, y se sentó en el borde.

— Por la razón que sea —explicó Green, cuya mente había estado trabajando durante todo el tiempo —, cuando estos cristales se unen, permitiendo que uno de estos lados envíe la luz al otro, se produce un fenómeno.

— Es como las lentes de aumento. Yo solía quemar las piernas de las chicas, en la playa, con una lente de aumento —dijo Sullivan.

— Algo de eso he pensado —replicó Green—. Pero es evidente que estos prismas tan desiguales deben tener algún objetivo. Veámoslo despacio. Dame el otro cristal, Pitt.

El «gorila» sacó de su bolsillo el cristal que había guardado y se lo entregó a Green, quien tomó los dos objetos con ambas manos.

— Veamos qué es lo que ocurre.

Después de mover repetidas veces las posiciones de ajobos cristales, Green observó que no ocurría nada. Luego, cambió los cristales de mano. Y durante unos instantes, tampoco sucedió nada. Pero, al situar uno de los planos del vidrio «incidente» sobre el otro, ¡vieron surgir una finísima línea de luz!

— ¡Cuidado! —gritó Pitt, pegando un salto atrás.

¡Del suelo estaba saliendo fuego!

Pero la llama desapareció cuando Green retiró la incidencia del cristal superior.

— ¡Vaya! Parece que esto tiene diversas aplicaciones... ¿Verdad que es interesante?

— ¡Ha hecho un agujero muy hondo! —casi gritó Sullivan.

Efectivamente, en el lugar donde había penetrado el rayo luminoso, se abría un agujero en la tierra, como de un dedo de grueso.

Green volvió a examinar los cristales.

— Este se encontraba así — dijo alzando el de la mano derecha—. Y este otro tenía la misma posición que ahora. Apartaos.

Al repetir la incidencia, situando los cristales a unos veinte centímetros uno de otro, el agujero que se produjo en el suelo fue mucho más ancho, pero menos profundo. La tierra pareció fundirse, desintegrarse, sin dejar cenizas. Y no tenía aspecto de haber sido quemada.

— Esto es portentoso —musitó Green.

— Será mejor que no juegues con eso. Si nos das con el rayo, puede pasarnos lo mismo que al suelo.

Green no replicó. Estaba demasiado enfrascado tratando de averiguar cómo se producía la energía luminosa. Pero en su mente se aclaraban muchos conceptos.

Poco después, utilizando otro plano del cristal emisor de potencia, Green convirtió un guijarro en un preciso metal plateado... ¡Y luego cristalizó la hierba!

Después, sentado en la terraza del edificio, ante una mesa, estuvo tomando apuntes sobre un papel, que consistían en dibujar los dos cristales en diversas posiciones. Cada resultado obtenido, lo anotaba cuidadosamente. Pero dadas las numerosas caras y estrías de ambos vidrios, Green dedujo que el número de resultados era enorme. También comprobó que, al modificar las distancias de «incidencia», los resultados, siendo análogos, variaban.

Desintegró materialmente una piedra del tamaño de un puño, separando los vidrios entre sí unos diez centímetros. Pero, colocados en la misma posición, y aumentando la distancia, desintegró una roca de varias toneladas. Un árbol se «licuó», dejando en su lugar un charco de mercurio líquido.

¡Y obtuvo un pesado bloque de bronce al incidir el rayo sobre un vaso de agua! El cristal se hizo algo así como cera y el agua se transformó en bronce.

Con agua del mar consiguió una serie de objetos de un cristal ambarino, y hasta puso a hervir el agua en varios metros de circunferencia.

También fulminó un pájaro que había en una rama.

Y de todos aquellos experimentos, Donald Green obtuvo una gran cantidad de dibujos y resultados, que le llenaron de satisfacción.

Al fin, se guardó los dos cristales, y fue al encuentro de Pitt y Sullivan, que estaban sobrecogidos, en el salón de la casa.

— ¿Os habéis dado cuenta de lo que es esto? —preguntó.

— ¡Esos vidrios están malditos! —farfulló Sullivan —. Debes tirarlos al mar, donde no puedan ser hallados.

— ¡Al contrario, bobo! Esto es una fortuna. Es el talismán más maravilloso que he visto en mi vida. No sé cuántos resultados pueden obtenerse, pero Klein tenía razón. Ahora creo que con esto se convierta el acero inoxidable en oro. Dame una moneda de níquel, Pitt.

El aludido sacó unos centavos del bolsillo y los echó sobre la mesa. Green orientó los cristales, de modo que el «receptor» recibiera la luz del exterior y giró entre sus dedos el otro cristal, eligiendo un plano que recordaba bien.

Al incidir el invisible rayo de luz sobre las monedas de níquel, ¡éstas se volvieron doradas!

— ¡Mira a ver si es oro, Pitt! — exclamó Green.

— ¡Yo no toco eso!

Green sonrió, se guardó los cristales y tomó las monedas.

— Si no es oro, se parece mucho.

En aquel instante, Sullivan se situó al lado de Green, sacó una pistola automática y lo encañonó. Su voz era siniestra, al decir:

— Dame esos cristales, Donald Green.

— ¡Ah, vaya; sé despertó tu codicia! No seas tonto, Sullivan. Yo puedo darte todo lo que quieras. Oro, plata, diamantes. No gastaremos en toda la vida lo que podemos conseguir con esto. ¿Es que no te das cuenta? ¡Hay suficiente para los tres!

— Te he dicho que me los des.

— Está bien. Tómalos. Pero ¿sabrás manejarlos? Yo he aprendido sin ayuda de nadie. Puedo enseñarte lo que he descubierto. Dile a Sullivan que no sea tonto, Pitt. Esto podemos aprovecharlo nosotros. Podemos tener más poder que Ambrose.

Pitt había tomado otra de las monedas y la estaba examinando de cerca.

—¿Deseas tener una pistola de oro, Sullivan? Yo puedo hacerlo.

Antes de que el «gangster» pudiera replicar, Green movió las manos, entre cuyos dedos sostenía los dos cristales. Y el rayo de luz que surgió perforó el pecho de Sullivan, ¡desintegrándole parte del cuerpo!

El infeliz no pudo exhalar ni un grito, cayendo fulminado al suelo.

— ¿Qué...? —empezó a decir Pitt, retrocediendo.

— Ya lo has visto, Pitt. Estas cosas debe uno guardarlas para sí. Lo siento por ti. Tú tampoco debes conocer este secreto.

— ¡No, Donald! — gritó Pitt, saltando hacia la puerta, para huir.

El terror del hombre era tanto que no volvió ni un instante la cabeza, buscando la salvación en la distancia. Pero no pudo huir muy lejos.

Green buscó la incidencia adecuada y envió hacia Pitt el rayo invisible. Alcanzado en su carrera por la muerte, el infeliz se desintegró totalmente. No quedó de él ni el menor vestigio. Sólo una nube de calor flotó unos instantes donde el gangster había sido fulminado, para esparcirse luego hasta enfriarse por completo.

En la puerta de la finca, Green sonreía de modo enigmático.

* * *

En el cuartel general de la policía de Miami, Tom Simmons, desesperado, paseaba arriba y abajo en un amplio despacho. Detrás de una mesa, ante varios teléfonos, se hallaba Patrick Glekkins.

Éste acababa de colgar un aparato, con gesto de desaliento.

— Nada, Torn. Llegó aquí, pero se lo ha tragado la tierra.

— ¡No ha podido salir de la ciudad! ¡No ha tenido tiempo, ni medios! ¿Dónde está?

— Escondido, eso es indudable. Debe tener amigos que le ocultan. Ya sabes que hay suficientes «racketters» en

Miami para dar cobijo a uno de su calaña.

— Los estamos indagando a todos. Hemos hecho correr la voz que el asunto es federal y muy grave. Cuando saben que el país está en peligro, hasta esos sapos colaboran —dijo Simmons—. No quieren perder la posición que ocupan. Son capaces de todo, incluso de lo más despiadado, pero no protegerían a un peligroso espía extranjero.

— Eso es en teoría — observó Patrick —. En la realidad, la gente del hampa es capaz de vender su alma por un puñado de dólares.

Tom Simmons se detuvo y miró fijamente a Patrick.

— Estamos perdiendo el tiempo aquí. Es preciso que venga Khan.

— ¿Que venga? ¡Oh, no puede; está preparando la documentación y el material para las conferencias que piensa dar el día once! Y sólo le quedan seis días.

— Entonces, si él no nos ayuda, puede que Green se nos escape.

— Estoy pensando si habrá podido salir de Miami y dirigirse a Cuba —observó Patrick—. Eso sería peor. Con la documentación que lleva encima...

— Ha sido una gran imprudencia la del señor Khan. Y lo peor es que él no parece darle mucha importancia.

— Tal vez no la tenga. Debe considerar que sus secretos pueden ser conocidos de todos. Sin embargo, sé que esos cristales de incidencia son un arma peligrosa en manos de quien sepa manejarlos.

— Khan lo sabe, ¿eh?

— Sí. Eso me hace suponer que se lleva algo entre manos. Parece como si conociera el final de la aventura.

— Pues yo estoy ansiando terminar con esto e informar a los jefes. Puede que te rehabiliten...

—¡No, Tom; no deseo la rehabilitación! Dimití yo. Tenían que haberme autorizado a destruir a «Malk».

— No podían hacerlo, Pat; compréndelo. Detrás de esa organización internacional hay muchas cosas ocultas y delicadas. Nosotros somos agentes del gobierno, no políticos. Y si en Washington decidieron no mover un solo dedo contra «Malk», tu deber era obedecer.

— ¡Habían matado a Renny y a Murphy!

— En Vietnam, se mata a muchos hombres, Pat. Pero eso no quita para que mantengamos relaciones con el enemigo. Nuestro deber es obedecer al mando, y en eso estamos. El Departamento es el que coordina. Y si alguna vez llegas a ser jefe de operaciones, cosa que dudo, comprenderás que, a veces, es preferible obrar en contra de nuestras propias convicciones, si ello repercute, de algún modo, en un beneficio mayor.

— ¡«Malk» es una organización enemiga, que trata de conseguir todos

nuestros secretos militares y defensivos! —exclamó Patrick, dando un fuerte golpe sobre la mesa.

— Así parece, sin duda. Pero ¿qué hay detrás de ello?

— No lo sé. Traté de averiguarlo y casi lo conseguí. Necesitaba fuerza y no me la dieron.

— Por alguna razón.

— Yo sabía dónde iban a reunirse. Me impidieron ir.

— Déjalo ya, Pat. Tratemos de averiguar dónde se esconde Green.

El teléfono repiqueteó en aquel instante. Patrick lo descolgó.

— Sí... sí... ¿Eh? ¿Dónde...? ¿Kay West? ¡Gracias, Miriam! ¡Dale un beso al señor Khan de mi parte! ¡Vamos para allá inmediatamente!

Tom Simmons se había acercado, con ánimo de oír, Pero Patrick colgó el auricular y se levantó, diciendo:

— Khan nos ha echado una mano. Parece que ha localizado radiaciones en una islita de Kay West.

— ¿Radiaciones?

— ¿Y yo qué sé? ¡Vamos para allá! ¡Hay que movilizar las patrullas de costa!

Tom Simmons salió velozmente de la oficina; se dirigió a uno de los funcionarios de policía:

— Creo que hemos localizado a Donald Green en una isla de Kay West. Hemos de salir para allá a toda prisa. Avisen a las patrullas de costa.

— Sí, capitán Simmons.

Patrick y Simmons salieron del edificio como exhalaciones. Se trasladaron a la base de vigilancia aérea en coches muy rápidos, donde aguardaban varios helicópteros.

Patrick y Simmons abordaron uno. Las órdenes habían sido dadas a través de los radioteléfonos. Y, en pocos minutos, una flotilla de seis helicópteros se dirigía hacia el sur a toda velocidad.

Con un mapa sobre las rodillas y el auricular del radioteléfono, Tom Simmons estudiaba el terreno y daba instrucciones. El éter se vio surcado de mensajes y órdenes.

— Las lanchas rápidas ya han desamarrado. Vamos a llegar nosotros antes que ellos —gritó el capitán Simmons.

— Tengo la sospecha de que, si las radiaciones han sido captadas por el cerebro de Khan, podemos correr peligro. Miriam me contó que los cristales de incidencia podían desintegrar las rocas.

Simmons miró a Patrick. Luego, pidió por radio.

— ¿Andy? Aquí Simmons. Comunicación prioritaria con el hotel Sheraton de Nueva York... ¡Urgentísimo...! Sí, señor Khan.

Bajo ellos se extendía ya el mar, dejando atrás la costa. A su izquierda, como una interminable cinta de asfalto, se extendía la autovía montada sobre pilones de cemento, que unía el continente con la isla principal de Kay West. Y por ella corrían velozmente también varios coches de la policía

metropolitana.

— Llegaremos antes que ellos —dijo Simmons, echando una ojeada hacia abajo.

En aquel momento le dieron la comunicación con Nueva York.

— Sí..., sí... Comuníquenme... ¿Señor Khan...? Aquí el capitán Simmons... ¿Cómo está usted...? Me alegro. Escuche, por favor... ¿Cómo? ¿No necesita hablarme? ¿Me escucha sin necesidad de teléfono? ¡Por favor! Vamos en busca de Donald Green. Quiero saber si puede causarnos algún daño... ¿Sí?... Comprendo... Seremos prudentes. De acuerdo... Hasta pronto.

— ¿Qué ha dicho el señor Khan? —preguntó Patrick.

— Que tengamos mucho cuidado con Green. Las radiaciones que él ha captado, y que le han permitido localizar a Green, significan que está utilizando los cristales de incidencia luminosa, y, según Khan, son un arma terrible, que ese tipo ya ha aprendido a manejar.

— Sí, supongo que sí —musitó Patrick—. Miriam dijo que era fácil manejarlos.

— ¿Se los dio Khan a Miriam?

— Sí.

— ¿Para qué?

— Herencia anticipada. Un excelente regalo —confesó Patrick, con una sonrisa en los labios.

— ¿Te gusta esa chica, Pat?

— ¿A ti no? —retrucó el joven.

— Yo estoy casado con Jenny. Pero me alegro de saberlo. Creo que una mujer en tu vida ejercerá la influencia que necesitas.

El helicóptero se acercaba rápidamente a Kay West. La ciudad se vislumbraba ya en el horizonte. También podían distinguirse numerosos islotes, casi todos los cuales estaban habitados.

— Hay más de cien islas pequeñas — observó Patrick —. Si no vamos directamente a donde está Green, puede que tengamos dificultades para hallarle.

— Eso me temo. Confiemos en que sea él quien se descubra

* * *

Green sabía que cuando regresara Phil Ambrose tendría que continuar matando. Sin embargo, el poderoso «racketter» de Miami ya no le impresionaba. Era consciente del poder adquirido por medio de los dos cristales que guardaba en los bolsillos.

Se había librado del cadáver de Sullivan, arrojándole al mar metido en una manta, a la que puso suficientes piedras, y luego estuvo dándoles vueltas a la mente, hasta que creyó encontrar una solución. Consideró que necesitaba buenos e importantes amigos. Y sabía cómo encontrarlos.

Por esto regresó a la casa, buscó el listín de teléfonos y estuvo un rato examinándolo. Al fin, halló lo que buscaba. Entonces efectuó una llamada de larga distancia.

Aguardó unos minutos. Al fin, le contestaron.

— ¿Greg...? Soy Donald Green... Sí, ya lo sé... Pero tengo algo muy importante entre manos. Sé que os puede interesar... No, no bromeo. Tenéis que venir a buscarme. «Malk» tiene medios para sacarme de esto... ¡No digas tonterías, Greg! ¡La línea telefónica no está intervenida! ¡No, escucha, Greg; esto es serio! —Green puso acento verídico en su voz—. ¡Me conoces bien! Sé que me buscan, porque me protege Phil Ambrose. Estoy en una islita de su propiedad, en Kay West. Se trata de un arma increíble... Sí, un desintegrador accionado por luz solar. Puedes hacer una indagación ahí mismo... En el «Sheraton Hotel». Se trata de un hombre llamado Khan... ¡Ah, y Patrick Glekkins está con él!

— ¿Eh, ya te interesa? Podéis dar aviso a vuestros amigos de Miami, para que vengan a buscarme. Aquí puede amerizar una hidroavioneta o llegar una lancha rápida. Pero tenéis que daros prisa. Ambrose volverá hoy mismo... De acuerdo, Greg... Sí, sí... Esperaré... No te preocupes. Habla con tus jefes. Aquí estaré.

Al colgar el auricular, Greg sonrió.

Pero ignoraba que, precisamente aquel teléfono, estaba intervenido por la policía de Miami. La intensa búsqueda de Green había hecho que los agentes de la autoridad extremasen su función. Y como se sospechaba ya que Green se hallaba en alguno de los «cayos» próximos a Kay West, la llamada, reveladora en extremo, quedó incluso grabada en cinta magnetofónica.

Otra llamada, urgente, advirtió a Tom Simmons.

— Diríjanse a la isla de Olsen. Donald Green ha sido localizado allí.

— ¿Conoce la isla de Olsen? —preguntó Simmons, al piloto.

— Sí.

—¡Pues, vamos allá!

CAPÍTULO IX

Donald Green escuchó el ruido de los helicópteros y se asomó a la ventana de la terraza. Inmediatamente palideció al reconocer las siglas del cuerpo de policía.

Había creído que podía tratarse de los agentes de «Malk»; Pero era demasiado pronto. Le habrían descubierto, posiblemente.

— ¡Maldita sea, Ambrose! —masculló.

No se dio por vencido, ni siquiera cuando vio también acercarse seis lanchas rápidas.

Lo primero que hizo fue correr al vestíbulo y descolgar un espejo de gran tamaño. Salió con él al exterior. Colocó el espejo en el suelo y extrajo los dos vidrios de incidencia luminosa.

Tres helicópteros evolucionaban sobre la isla, buscando el medio de aterrizar.

¡Pero Green estaba dispuesto a impedirlo, utilizando el poder desintegrador de los cristales que el destino había puesto en sus manos!

El espejo hacía incidir por debajo los rayos luminosos. Sólo tuvo que orientar los cristales. Sabía que el espejo era un buen reflector.

— Está bien, señor Green. Entrégueme eso.

La voz sonó detrás de Green, sobresaltándole. Al volverse, en redondo, vio a un hombre de regular estatura, vestido con un traje gris. Detrás de él había una joven de singular belleza.

—¿Qué...? ¿De dónde han salido ustedes?

Mientras hacía esta pregunta, Green movió las manos, para enfilar a los dos «aparecidos» con la luz de los cristales. Pero entonces notó una extraña tensión en sus músculos, que parecieron quedársele agarrotados.

— No se moleste, señor Green —siguió diciendo Khan—. Está usted paralizado. Conozco sus intenciones.

Mientras hablaba, Khan se acercó, seguido de la sobrecogida Miriam.

— Sé que no nos esperaba usted. Pese al mucho trabajo que tengo, y al esfuerzo mental que he debido realizar para trasladarnos aquí, no he podido por menos que venir. Esos cristales, en su poder, pueden resultar peligrosos. Déselos a su dueña.

—¡No! —gritó Green, que no había sido privado de la facultad de hablar —. No los daré a nadie.

Sin embargo. Green no pudo evitar que sus dedos se abrieran y los cristales se le escaparan de las manos y cayeran al suelo.

El sujeto hizo un sobrehumano esfuerzo, para tratar de abalanzarse sobre aquel individuo, cuyo poder mental le inmovilizaba, pero todo resultó inútil. No fue capaz ni de moverse.

Pero no quedó la situación ahí. Antes de agacharse a recoger los cristales, Khan envió otra fuerza mental sobre Green, ¡y éste se vio alzado del suelo y

quedó suspendido en el aire, a una altura de un metro!

El terror se adueñó del malhechor, quien gritó:

— ¡No, suéltenme! ¡Esto no puede ser! ¡No toco al suelo!

Sus piernas se agitaban ahora frenéticamente, al igual que sus manos, como si pretendiera agarrarse al aire para no caer. Y resultaba en extremo grotesco verlo pernear, furioso y descompuesto, sin lograr descender.

— ¿Cómo... cómo puede usted hacer... esto?

— Igual que hice los cristales, señor Green. Y no pensé que pudieran ser utilizados para el mal, como usted ha hecho.

— Yo no quería... ¡Le juro que lo hice por defenderme!

— Lo sé —contestó Khan—. Sé de usted mismo más de lo que nadie es capaz de imaginar. ¿Verdad, Miriam?

En aquel instante, uno de los helicópteros se posaba en el prado, a menos de treinta metros. Patrick Glekkins fue el primero en saltar a tierra, seguido del capitán Simmons. Ambos se acercaron a la carrera, sorprendiéndose de encontrar allí a Miriam, Khan y a Donald Green en tan insólita posición.

— ¡Señor Khan! —exclamó Patrick.

— ¿Qué es esto? —preguntó Simmons.

— Levitación natural — contestó Khan, sonriendo—. Suban y aprésenlo.

Patrick tuvo la sensación de carecer de peso. Flotó en el aire suavemente y se acercó a donde Green había dejado de pernear, comprendiendo que todo había terminado para él. Conocía a Patrick y a Simmons.

Y la demostración de antigravidez hecha por Khan era concluyente.

Patrick le agarró del brazo y ambos descendieron a tierra. A unos veinte centímetros del suelo, Tom Simmons extrajo unas esposas de acero y se las colocó a Green.

Luego, los tres «tomaron tierra».

—¡Increíble! —exclamó Simmons, volviéndose hacia Khan—. Estaba usted en Nueva York hace un instante y ahora lo encuentro aquí... En compañía de la señorita Herzl. Para esto no necesitábamos preocuparnos tanto.

— Localicé al señor Green cuando hizo funcionar los cristales de incidencia luminosa. Se desarrolla una tremenda potencia fotónica que repercute en mi cerebro. Es como cuando se pone en marcha una gran central eléctrica. La tensión desciende en la red. Deben tener en cuenta que el poder fotónico es constante. La luz que incide sobre el planeta siempre es la misma. Una gran cantidad absorbida por algo delata el lugar donde se produce.

«Comprendí, pues, el peligro que podían correr ustedes y consulté con Miriam. Fue ella la que me rogó venir. Temía que pudiera ocurrirle algo a Patrick.

Miriam se sonrojó, bajando los ojos.

Patrick se acercó a ella y la abrazó efusivamente.

— Gracias, Miriam. No olvidaré nunca esto... Pero gracias particularmente a usted, señor Khan.

Llegaban los agentes de los otros helicópteros, así como la policía marítima, recién desembarcada, y Simmons ordenó que se llevasen al detenido.

Khan se pasaba en aquel instante la mano por la frente.

— Estoy muy débil... He consumido una gran cantidad de mi propia energía mental, compréndanlo. Habré de rogarles que me devuelvan a Nueva York en sus «veloces» aviones. No le importará, ¿verdad, señor Simmons?

— ¡Al contrario, señor Khan; me encantará regresar con usted a Nueva York! ¡Tengo tantísimas preguntas que hacerle!

— ¿Y lo de la llamada de Green a Nueva York? — preguntó Patrick a Simmons, como si recordase algo importante en aquel momento.

— Sí, Pat; te autorizo para que te ocupes de ello inmediatamente... ¡Por cuenta de la «Inter Security Agency», naturalmente!

— ¡Gracias, Tom; eres el mejor amigo que tengo!

* * *

El regreso a Nueva York se efectuó al anochecer. Todos viajaban en el mismo avión. Pero Patrick y Miriam iban en sendos asientos posteriores, enfrascados en una conversación íntima. Las manos de ambos también jugaban importante papel en la charla.

De vez en cuando, para cambiar, dejando la conversación íntima y sentimental, hablaban de los acontecimientos en que estaban mezclados.

— Hoy ha sido un día formidable para mí, Miriam... ¡Tengo una pista sumamente interesante para llegar hasta la sede de la organización internacional «Malk»!

— ¿Es eso lo que has estado haciendo esta tarde?

— Sí. Por poco, no puedo tomar el avión y volver contigo a casa.

—¡Hubiese sido una irreparable desgracia, Pat! Mira al señor Khan y al capitán Simmons. Estoy segura de que tu ex jefe no se ha sentido jamás tan a gusto como en este momento. Por los gestos de asombro, el señor Khan le debe estar revelando el secreto para descubrir criminales.

— No me extrañaría que así fuese. ¡Ah, y Torn pronto dejará de ser mi ex jefe!

— ¿Y eso? ¿No entiendo?

— Será mi jefe.

— ¿Va a dimitir de su cargo?

— No, tonta. Volveré a ingresar en el Departamento.

— ¡Oh, eso no...!

Él le selló los labios con un beso. Luego, dijo:

— Yo también adivino el pensamiento, Miriam. Temes que nuestra felicidad se empañe, si yo debo correr constantes peligros.

— Es un cargo muy arriesgado.

— De un modo u otro, yo siempre corro riesgos. Ésa es mi vida. Amo el peligro, sin el cual no podría vivir. Tú habrás de acostumbrarte.

— Es que yo... Bueno, tú también... No tendremos necesidad de trabajar más.

— ¿Qué dices?

— Khan sabía que nos amábamos antes que nosotros. Me lo dijo ayer. Me vio distraída, pensando en ti. Y me hizo una confidencia.

— ¿Qué te dijo?

— Que antes de irse nos dejaría una cuantiosa suma de dinero.

— ¿Por qué?

Como gratificación por nuestros servicios. Él no necesita nada. Y sabe que nosotros hemos de vivir e instalarnos. En principio, a mí me deja cien millones de dólares para que divulgue su historia.

¿Cien millones de dólares? —exclamó Patrick, boquiabierto, mirando hacia donde estaban Khan y Simmons.

En aquel momento, Khan se volvió en su asiento y sonrió al joven detective.

Eso es para que se publique su historia en América. Yo habré de ocuparme de todo ello, como secretaria suya y *public relations.* Y para que podamos casarnos, nos regala, a modo de indemnización de despido, cincuenta millones de dólares más a cada uno... Jack, Katty, Sue y Deborah también recibirán cincuenta millones.

¡Es increíble! ¿Y ese dinero es legal o lo fabrica él con la mente?

¡Qué tonto eres, Pat! Khan puede reclamar, la propiedad de todo cuanto existe en la Tierra. Tiene argumentos legales para convencer al juez más irreductible. Su partida de nacimiento no existe, desde luego; pero disfrutó y poseyó la tierra mucho antes de que naciera Moisés.

»Siempre se ha llamado igual. Y tiene posesiones particulares, declaradas, desde que derecho de propiedad se estableció mucho antes de los fenicios. Khan sabe lo que hace.

Sí, supongo que sí. Yo sí que no sabré qué hacer con ese dinero.

Lo uniremos, Pat. Yo seré tu administradora.

¡Me parece una idea excelente! ¡Y seré el agente del F.B.I. más rico de todos! ¡Creo que estoy soñando encima de una nube, querida!

Ella sonrió, señaló hacia la ventanilla y dijo:

— Desde luego es verdad... ¡Estamos soñando encima de las nubes!

Ambos se pusieron a reír.

Mientras, en el otro asiento, Tom Simmons decía a Khan:

— Es usted increíble, señor Khan. ¿Y por qué no hizo usted ese cohete y partió para las estrellas, en busca del planeta de Mu-Wu?

El progreso de la Humanidad no está en la voluntad de un hombre solo, capitán. Para lograr una civilización técnica avanzada, han de colaborar muchos hombres, muchos años, muchos esfuerzos, muchos sinsabores y

trabajos.

»Sí, yo hubiese podido construir el mejor cohete estelar, propulsado por energía atómica, que es la más barata y abundante. Habría podido meter unos centenares de hombres dentro y enviarlos hacia los confines del espacio.

»Pero no fue esto lo que me ordenó Mu-Wu. Él quería que fuesen los hombres, todos, los que llevasen sus restos a su mundo. Y eso sólo lo puede lograr una civilización tan avanzada como la suya.

— Si es que existe todavía. Él debió emplear mucho tiempo para venir desde allá.

— El tiempo se reduce considerablemente en el espacio, capitán. Un hombre envejece allí un año, mientras que aquí, sus semejantes, envejecen muchos años. En el universo, todo es relativo. Sin embargo, comprendo la dificultad que tiene usted para asimilar esto. No es fácilmente creíble, ¿verdad?

»Aparte, no obstante, de que el progreso técnico se transmite por herencia genética. Los conceptos modernos de la ciencia, en todas las ramas del saber, se amplían a medida que la Humanidad avanza. Hace un millón de años, los hombres sabían casi tanto o más que ahora. Sin embargo, poseían lagunas tremendas en muchos aspectos.

—¿Quiere usted decir que la civilización no ha sido continua y progresiva?

— Oh, no; ni el mundo era como actualmente lo conocemos. Los ciclos geológicos por los que ha atravesado este viejo planeta han sido muchos. Cuando lleguemos a Nueva York, si lo desea, le mostraré cómo era el mundo en su formación, hace siete mil millones de años. Es una experiencia que no olvidará usted jamás.

«Durante los tres mil millones de años primeros, mientras el gas atómico, o sea la energía solar, se fue licuando y solidificando, esto era un infierno de radiaciones.

»La vida no surgió hasta transcurridos seis mil millones de años, aproximadamente. Y entonces, todo el planeta era líquido, aunque el núcleo central ya se había solidificado.

»Pronto empezó a emerger la tierra, se produjeron los primeros cataclismos. Llegaron visitantes del espacio, exploraron y se fueron. En realidad, el hombre primitivo no se originó aquí. Llegó del espacio, no se sabe de dónde.

»Debió de ser una nave, o muchas. Los hombres traían consigo máquinas para ayudarse a construir ciudades. Sin embargo, estas fueron destruidas por la naturaleza. Los hombres sufrieron calamidades infinitas.

»Fue preciso recurrir a la caza y a la pesca, para poder subsistir. Luego, a medida que emergían continentes, que no eran geográficamente como son ahora, ni mucho menos, los hombres fueron extendiéndose por todas partes.

»Eran hombres primitivos, salvajes, descendientes de aquellos seres llegados de la Galaxia. Nuestros primeros padres. Pero también ellos

recibieron visitas del espacio. Y hubo guerras, luchas, encuentros terribles, donde las armas atómicas volvieron a borrar miles de seres primitivos.

«Muchos de los «dioses» del pasado fueron seres de carne y hueso que llevaban en sus naves siderales, buscando materias primas, alimentos, esclavos, minerales.

»Los siglos fueron pasando. Los hombres, dispersos por la tierra, cada vez más amplia, formaron tribus. Unos vivían en cavernas, pero había otros que moraban en ciudades mucho más bellas y confortables que el Nueva York actual. Usted debe saber que en el Amazonas existen tribus que viven en el más absoluto primitivismo. Y eso que estamos en lo que ustedes llaman siglo XX... ¡Qué paradójico es todo!

»Yo tengo un millón y medio de años y muchas veces pienso si existirá alguien, a quien no he conocido jamás, que tenga más edad que yo. ¿Se sorprende? ¿Por qué he de ser yo el único?

— ¿Y usted no morirá jamás?

— No de momento, capitán. Puedo vivir tanto como he vivido o más. Sé que la Humanidad está siempre cambiando. Sé que dentro de algún tiempo, y mi tiempo no lo compare usted con el suyo, habrá nuevas guerras aniquiladoras. Esta exuberante civilización moderna, desaparecerá. Y de nuevo regresará el hombre a la prehistoria, a vivir en cuevas, al canibalismo, a la lucha por la supervivencia.

»Ese es el destino de la Humanidad, aunque son muchos los que escapan a un destino mejor, utilizando un medio que a mí me está prohibido.

— ¿La muerte? —preguntó Simmons.

— Exactamente. Es del único lugar del que no se vuelve. Y desde luego, esa dimensión divina del hombre nos está vedada. El misterio de la muerte sólo está en manos de Dios. Yo sé que me espera hace muchos siglos. No sé cuántos más habrá de esperarme, pero Él sabe cuándo llegará el momento, ¡y yo lo ignoro!

»Por encima de todo lo humano, capitán Simmons, está el reino de Dios... ¡Y únicamente la muerte puede llevarnos a Él! De eso puede estar absolutamente seguro.

— Lo estoy —musitó Simmons—, no lo he dudado nunca.

Capítulo X

— ¿Dónde estabas, Miriam? —preguntó Khan, como si fuese un hombre normal.

— Ya lo sabe, señor Khan. Intento saber algo de él. Hace varios días que no le veo y... Por favor, dígame cómo y dónde se encuentra.

— Tranquilízate, Miriam. Está bien. Vamos, los profesores nos están esperando en el Aula Magna. Tienes que ayudarme a dar mi última conferencia.

La muchacha se dejó tomar dócilmente del brazo. Antes de cruzar la puerta, tras la que había más de un centenar de hombres de ciencia, cuyas carreras se iniciaron allí, en Harvard, Khan se detuvo y miró a Miriam paternalmente.

— En ese estado de inquietud, no me serás de mucha ayuda. Estos hombres que hay aquí nos harán muchas preguntas. Te pedirán muchas de las fotocopias que hemos preparado y no debes confundirte.

— Sí, sí.

— Para tu tranquilidad, te diré que la misión de Patrick está a punto de concluir. Él tiene tanto interés como nosotros en estar mañana aquí. Vamos, pequeña; ánimo. Una hora más y habremos concluido.

Miriam sonrió.

— No se preocupe, señor Khan. Si usted me dice que Pat está fuera de peligro, le creo.

— Sí, lo está. Y su misión está siendo un éxito. La organización internacional «Malk» está a punto de perder a sus principales ejecutivos. Patrick ha conseguido un gran triunfo. ¿Entramos?

Entraron.

El Aula Magna estaba totalmente invadida de relevantes personajes de las ciencias, la política, la prensa, y las finanzas. Más de ciento cincuenta figuras de las ciencias salidos todos de las aulas de la famosa universidad de Cambridge (Massachusetts), se encontraban en las primeras filas del hemiciclo.

Detrás, llenando toda la sala, se encontraban millares de alumnos e invitados.

En el estrado principal estaba el órgano rector, con el decano al frente, presidiendo la ceremonia, como en las grandes solemnidades. Y todos se pusieron de pie al aparecer Khan, seguido de Miriam.

Se hizo un silencio impresionante en el auditorio, se estiraron los cuellos y algunas gargantas carraspearon.

En la tribuna de los conferenciantes, se encontraban ya Jack Pearson, el doctor Rusell y Katty Bryan. Ésta era la encargada del proyector.

El decano de la Universidad saludó a Khan, estrechándole cordialmente la mano. Luego, le acompañó hasta su puesto y él regresó al suyo. Una vez sentados todos, excepto Khan, que permaneció en pie, ante el micrófono, el

doctor Rusell se dirigió a todos los reunidos, diciendo:

— Señor decano, rectores, ilustres alumnos de esta universidad, educandos, amigos todos. Es para mí, como antiguo discípulo de esta docta Universidad, presentar al hombre más extraordinario de la tierra.

Hubo murmullos entre la concurrencia.

— Yo mismo no comprendo cómo el señor Khan puede estar entre nosotros en estos momentos, derribando con su presencia todos los principios científicos de la biología, de la vida misma y de su esencia básica.

«Pero el señor Khan ha demostrado ser un hombre extraordinario, y por eso nos hemos reunido aquí, a escucharle.

«Yo no voy a decir a ustedes lo que el señor Khan ha venido a decirles. Sólo puedo anticipar que creo todo cuanto diga. Me lo ha demostrado y estoy plenamente convencido de todo.

«Por eso repito, es un hombre extraordinario, es por encima de todos nosotros, y su palabra debe ser escuchada con atención. Es prácticamente infinito lo que podemos aprender de él.

Dicho esto, el doctor Rusell se volvió y señaló a Khan, quien inclinó ligeramente la cabeza.

— Señores y señoras —empezó diciendo Khan, con voz pausada—. Para mí es un honor encontrarme hoy aquí. Todos ustedes me merecen el máximo respeto. Ustedes representan una parte del mundo de la cultura, de las ciencias y de la técnica.

«Hace muchos años que vengo luchando por el progresó de la humanidad. Pronto, gracias a todos ustedes y a muchos más que en el ancho mundo colaboran por el progreso, podré retirarme a mi refugio, a mis estudios y meditaciones.

«Poco importa donde yo viva a partir de ahora. Estaré en algún lugar de este mundo que he visto desarrollarse, transformarse, crecer y cambiar durante un millón y medio de años.

«No soy un loco ni digo absurdos disparates. Ustedes saben que no he venido aquí para explicarles mi vida, larga, interminable, angustiosa y terrible por la misma razón de su largo y tortuoso camino.

«Yo nací en una caverna, hace lo que ustedes consideran ahora como un millón y medio de años. La señorita Miriam Herzl les dará sobradas pruebas de todo ello.

«He vivido todo ese tiempo gracias a un ser humano, al que no pude contemplar, pero que no era ningún dios, llegado de algún lugar del cosmos. Su nombre era Mu-Wu, el viajero.

«Él me facilitó los medios físicos para que pudiera sobrevivir a tanta historia. Yo hice lo demás, aprendiendo de la vida misma, de los hombres sabios que, durante muchos más siglos de los que la historia acepta, han vivido en este planeta tan cambiante.

«El doctor Rusell sabe que existen civilizaciones superiores a la nuestra bajo los hielos de la Antártida. Allí moran aún los descendientes de Lemuria.

Él ha hecho ese viaje y ha regresado. Ha sido bien recibido allí por los sacerdotes que conservan templos y ciencia con más de doscientos mil años de antigüedad.

«Yo también he estado en países fabulosos, ya desaparecidos, y he presenciado la destrucción de imperios milenarios. La naturaleza siempre ha sido enemiga del hombre, cuya misión constante es y será siempre luchar por la supervivencia.

«Mu-Wu sólo me dio una consigna. Nosotros deberíamos encontrar el camino verde, cubierto de prados, donde existen ciudades transparentes. Ése es el mundo de donde procedía Mu-Wu. Un mundo habitado por una raza supercivilizada que se extendió por el universo. Sin embargo, sus hombres debían regresar siempre allá, o sus grandes almas, errantes y atormentadas siempre, crearían el mal.

«Yo sé que Mu-Wu no es ningún ser maléfico. Pero sé que su alma está atormentada hasta que nosotros no devolvamos su cuerpo a su planeta.

«Hemos iniciado el gran salto al espacio. Yo puedo, con la ciencia acumulada durante millón y medio, de años, ayudar considerablemente a la Humanidad a llegar a donde Mu-Wu deseaba. Sé que podemos encontrar su planeta verde. Y nuestro deber es llevar hasta allí el óvulo de oro, donde reposan los restos de aquel antiguo viajero.

«Así lo quiso él y para eso estoy aquí. Sé, de antemano, y una por una, todas las preguntas que ustedes, los aquí presentes, van a formularme. Muchas, ni siquiera las han pensado ustedes aún. Pero yo tengo ya las respuestas, debidamente ordenadas por mis colaboradores.

«De modo que les ruego que, cada uno en la esfera de su alta especialización, me someta a las preguntas que la limitación de siempre breve para ustedes, me impone.

Uno de los científicos de la primera fila se puso en pie y dijo:

— Señor Khan, jamás he oído hablar de usted antes de hoy. Estoy convencido de que es usted un taumaturgo embaucador y visionario…

— Sí, profesor Harris; está usted convencido. Lo sé. Pero usted tiene un gran problema biológico y yo puedo darle la respuesta. No lo solucionará usted, pero dejará abiertas las puertas de su solución, para dentro de veinte años.

— ¿A qué problema se refiere, señor Khan?

— Consciente de su discreción profesional, me he permitido estudiar su problema por telequinesis y ahí tiene usted la respuesta en un sobre cerrado. Señorita Katty, ¿quiere dar su sobre al profesor Harris?

Katty tomó el voluminoso sobre que le dio Miriam y se lo llevó, al escéptico individuo que había hablado. Casi todos los reunidos centraron su mirada en la persona del profesor, a quien vieron rasgar el sobre y sacar los papeles que contenía. A los pocos segundos, el profesor Harris cambió de color, se sentó para enfocarse en la rápida lectura de los documentos, mientras que Khan continuaba:

— ¿Y usted, señor Sutton? ¿Quiere saber algo sobre la interacción de las partículas disociativas intramoleculares, en relación con la antimateria atómica? Por favor, señorita Katty, dé usted su sobre al profesor Sutton.

«Señor Sutton, debo decirle al respecto, algo muy particular. Y puedo decirlo en voz alta, porque sólo usted puede entenderme. Su fórmula está equivocada.

«La solución exacta la hallará usted en esos documentos.

La boca del profesor Sutton, famoso físico termonuclear, se había desencajado al escuchar las palabras de Khan.

Ahora, mientras recibía el sobre, balbuceó:

— No... No es posible... ¡Usted no puede saber eso!

— Discúlpeme, señor Sutton; pero lo sé... Ahora le toca el turno a usted, doctor Rand.

Un hombre con aspecto intelectual, se agitó en su asiento, mirando fijamente a Khan.

— Es absolutamente secreto el trabajo que está usted realizando para el gobierno. Voy a revelar que se trata de un motor de luz, o sea un motor fotónico. Por si le interesa saberlo, en la Unión Soviética hay un profesor, llamado Seltnik, que también trabaja en algo parecido desde hace diez años. Creo que deberían ustedes ponerse de acuerdo o ninguno de los dos verá jamás resuelto el problema.

«Y a mí, particularmente, me interesa acelerar su trabajo, señor Rand. Por eso le he dado resueltos muchos problemas que usted ignora y que le llevaría cien años en aprender. Pero siento no poderle resolver todo lo que usted, necesita. Yo no lo sé y nadie lo ha sabido jamás. Por eso es particularmente interesante su trabajo. Es enteramente nuevo en la ciencia terrestre e ignoro si han resuelto el enigma de la separación de partículas iónicas del submúltiplo «meso- fotón» en algún otro sistema civilizado, lejos de nosotros.

«Acepte usted mis sugerencias. El motor fotónico es factible de que sea una realidad. Cualquier objeto, como usted ha demostrado, puede superar la velocidad de la luz. Pero el camino que sigue usted en la actualidad le hará perder mucho tiempo.

Rand fue otro de los hombres de ciencia que quedaron aturdidos al escuchar aquello. Luego, su sorpresa fue enorme al abrir el sobre y hallar respuesta a preguntas que ni siquiera se había formulado.

Durante una hora. Khan estuvo atendiendo peticiones. El delirio se apoderó de los hombres de ciencia que, al principio, no habían creído en cuanto les dijera. Khan. Pero ahora habían cambiado totalmente de modo de pensar.

La revelación máxima, sin embargo, iba dirigida a un famoso biólogo, de origen sueco, también miembro honorario de la prestigiosa universidad, llamado Sven Lears, para quien Khan tenía algo sensacional.

— Usted, señor Lears, está a punto de descubrir uno de los mayores secretos de la ciencia. Lo sé. Su nombre no tardará en ser pronunciado en el

mundo entero con reverencia. Le falta muy poco, casi nada, para conseguir la curación del cáncer.

«Soy humano y no quiero privarle de esa honra máxima. Para usted, pues, no hay mensaje alguno. Siga por el camino emprendido, y usted ya me entiende.

—¿A qué camino se refiere, doctor Khan? —preguntó Sven Lears, tratando a Khan con un título que nadie le había conferido jamás.

— Me refiero al que inició usted con las cobayas rojas, cuya idea le dio un paciente mísero, llamado Smith.

— ¿Es factible? —preguntó el biólogo, casi con un grito.

— Es el método más perfecto. Luego, aparecerán otros. Pero usted será el primero en conseguir un ciento por ciento de curaciones de cancerosos, por medio de su fórmula.

Sven Lears se desmayó de alegría, al oír aquello.

Luego, en el Aula Magna se formó una barahúnda indescriptible. Y, en medio del delirio unánime de alumnos, profesores y rectores. Khan desapareció de la vista de todos, se esfumó materialmente.

* * *

— Ha llegado el momento de la separación final —dijo Khan, asiendo del brazo a Patrick y llevándolo hacia donde se encontraba Miriam, apoyada en la mesa de trabajo, para no caerse de emoción que le produjo el volver a ver al hombre que tanto amaba.

Con Patrick había venido también el capitán Simmons.

Aquella mañana se encontraban todos los colaboradores de Khan en la amplia estancia del «Sheraton Hotel», además del capitán del F.B.I. Éste había dicho, poco antes, al entrar:

— »Saluden ustedes al teniente Glekkins, oficial de nuestro Departamento.

— Ahí la tienes, Pat; Miriam será tu esposa. Os podría decir hasta los hijos que vais a tener. Pero no quiero quitaros esa ilusión. La vida es ilusión en todo. Pero también hay tristeza y decepción. Hoy has tenido un gran éxito, Pat. Has librado a tu país de una organización nefasta, cuyo único objetivo era causar el daño, sembrar el caos y la discordia y complicar las ya difíciles relaciones políticas de este país con el resto del mundo.

«Malk» no existe, gracias a ti. Pero aparecerán otras facciones peligrosas. El mal no ha desaparecido. Tu patria necesita hombres como tú, que sepan luchar con fe y con valor en el cumplimiento de su deber.

»Al final, aunque sufras decepciones, siempre te quedará la satisfacción del deber cumplido.

— ¡Qué maravillosas palabras, señor Khan! —exclamó Miriam.

— Me hubiese gustado quedarme para asistir a vuestra boda. Pero os aseguro que la presenciaré. Quiero que el primer brindis sea para mí... ¡Me vuelvo viejo y sentimental!

Miriam echó los brazos al cuello de Khan y le besó en ambas mejillas, llorando de alegría.

— Por favor, Miriam. Pat va a sentir celos.

— ¡Es un tipo formidable! —exclamó Tom Simmons—. ¿Cómo han ido esas conferencias?

— De locura —dijo Jack Pearson, el chófer—. Yo no he visto jamás una actuación más estupenda. En todas partes nos miraban de reojo al principio. Pero luego, todos quedaban de piedra. ¿Es posible que sepa alguien lo que sabe el señor Khan?

— Yo no podía irme sin dejar a mis amigos una situación asegurada. ¿Qué menos podía hacer? —habló entonces Khan, sonriendo—. Por ello, he dado instrucciones a Miriam para que el Banco de Manhattan os entregue lo que considero como gratificación por despido. No habéis estado conmigo mucho tiempo, pero sé que me habéis sido fieles.

— Nosotros nos consideramos muy bien pagados, señor Khan —dijo Pearson.

— El dinero no tiene valor, Jack. Además, sé que haréis buen uso de él. Tu situación no era muy buena cuando nos conocimos. Ahora, vivirás desahogadamente toda tu vida.

»Usted, capitán Simmons, no ha sido colaborador mío. Pero no podía olvidarle. Y le he dejado a Miriam un regalo que le agradará. Le gusta ver televisión, ¿verdad?

Simmons sonrió modestamente, dándole vueltas al sombrero entre las manos.

— Pues voy a regalarle un aparato de televisión muy singular y iónico en el mundo. Quiero que lo vea usted.

Miriam, a una seña de Khan, abrió una caja que había sobre la mesa y mostró un aparato de televisión en color, provisto de un solo mando.

— Véalo, señor Simmons. No necesita corriente eléctrica. Con este aparato será usted un funcionario famoso.

— ¿Podré ver partidos de béisbol y carreras de caballos, con esto? —preguntó Simmons.

— No. Pero le permitirá descubrir a criminales evadidos, logrando localizarlos inmediatamente.

— ¡No! — exclamó Simmons, sorprendido.

— Sí. Usted sólo tendrá que introducir una fotografía del perseguido en esta ranura que ve aquí, y la pantalla le dará suficientes datos visuales como para poder encontrar al criminal huido.

— ¿Es verdad eso, señor Khan? —preguntó Simmons, atónito.

— Ya lo creo. Sin embargo, tiene un inconveniente. Miriam lo conoce. Díselo, pequeña.

— El inconveniente a que se refiere el señor Khan es que el «televisor»

sólo funciona con auténticos criminales, convictos y confesos, con ficha policíaca. Si se trata de buscar a alguien desconocido, cuya identidad desconozca la policía, como no existe ficha de él, no funciona.

— ¡Pero si en el Departamento tenemos más de mil casos de evadidos convictos y confesos! —exclamó Simmons, lleno de júbilo.

— Pues lo siento por ellos — dijo Khan, poniendo una mano sobre el hombro de Simmons—. Ya pueden darse por descubiertos... ¡Incluso los que se han hecho la cirugía plástica y viven cómodamente, con nombre supuesto!

—¡Ay, que me da algo!

En el reparto, tampoco se olvidó de Tom Simmons, a quien Miriam tenía que entregarle un cheque por diez millones de dólares.

Luego, llegó el momento de las despedidas. Khan tenía, al parecer, importantes regalos personales para todos.

— Para ti, Pat, hay un silbato ultrasónico. En el sobre tienes las instrucciones para su uso. Es un arma que, sin matar, desarmará a todos tus enemigos.

»Tú, Jack, amante de los automóviles, cuando bajes al garaje encontrarás al «Cadillac» con un motor nuevo. Sólo tienes que ponerlo en marcha y verás en qué consiste mi regalo.

»Katty tiene un bolígrafo extraordinario. Es un talismán mágico que le abrirá las puertas de todo el mundo, los corazones de las gentes y la amistad. ¿Qué más puede pedir?

»Para Deborah, tengo otro bello obsequio: ¿Te gusta mirarte al espejo, verdad? Es un espejo singular y único. Mientras te veas joven en él, así te verán los demás. Y con ese espejo, desde luego, tus facciones no se marchitarán nunca. Le pasará algo así como a las mías. Pero tu vida está limitada a la de un ser normal.

— ¡Oh! —exclamó Deborah—. ¿No envejeceré nunca?

— Jamás, mientras vivas.

— ¿Y para mí, señor Khan? —preguntó Sue, la más tímida de las tres estenógrafas.

— Veamos, ¿qué es lo que prefieres? No sé si habré acertado contigo. Toma esto.

Khan entregó un paquete a Sue, quien lo abrió en seguida, quedando decepcionada al ver un conejito de trapo.

— ¡Un muñeco! — exclamó Sue.

— Sí. Pero un conejito muy particular, ¡que habla! Se llama Mike. Y podrás hacerle todas las preguntas que quieras. Mike siempre te contestará. Haz la prueba, Sue.

La muchacha miró al objeto y, balbuceante, preguntó:

— ¿Es cierto que hablas?

— Sí —contestó el objeto—. Hablo todos los idiomas conocidos en la

Tierra. Y como el señor Khan sabe que vas a dedicarte a viajar, yo te serviré de intérprete y consejero.

Sue retrocedió asustada.

— ¿Qué magia es ésta? —preguntó Patrick.

— Eso quisiera, saber yo —respondió Khan—. Me lo dio un extraño brujo, hace cincuenta mil años, en Idria. Nunca he sabido por qué sabe tanto ese bicho. Yo no soy un «sabelotodo».

Todos se echaron a reír... Y mientras reían. Khan desapareció silenciosamente de su presencia, para dirigirse a su ignoto destino.

La risa cesó. Todos se miraron en silencio.

— ¿Volveremos a verlo? —preguntó Patrick a Miriam.

— No. Ya no volverá jamás. Lo sé. Pero su recuerdo quedará siempre entre nosotros. Es un hombre extraordinario... ¡increíble!

FIN

BOLSILIBROS TORAY

OESTE


ARIZONA Publicación quincenal 10 PTAS.


RUTAS DEL OESTE Publicación quincenal 10 PTAS.



SEIS TIROS Publicación quincenal 10 PTAS.


HURACÁN Publicación quincenal 10 PTAS.



SIOUX Publicación quincenal 10 PTAS.


ESPUELA Publicación quincenal 10 PTAS.

GUERRA



HAZAÑAS BELICAS Publicación quincenal 10 PTAS.

ANTICIPACION


CIENCIA FICCIÓN Publicación quincenal 10 PTAS.


ESPACIO Publicación quincenal 10 PTAS.